

LOS ÚLTIMOS SELENITAS

ROY SILVERTON

Los últimos selenitas

Roy Silverton

Espacio el Mundo Futuro/158

CAPÍTULO I

Las famosas fiebres del oro americanas del siglo XIX —las de California, Utah, Oregón y Alaska—, representaron desplazamientos humanos de escasa importancia si se las compara con la que se convino en llamar «La Fiebre de los Diamantes», en la Luna.

Ocurrió esto a mediados del siglo XXI, y tuvo como origen la exploración científica de nuestro satélite que en la gran lucha por la conquista del espacio había sido dejado a un lado por considerársele prácticamente un amontonamiento de rocas.

Desde los últimos años del siglo XX, ya las naciones terrestres se habían lanzado fuera de su planeta de origen, en perfecta armonía para evitar guerras que hubieran sido verdaderas hecatombes para la desventurada Humanidad que hubiese tenido que soportarlas.

Establecido el acuerdo, las gentes, como en los primeros tiempos del descubrimiento de América, se lanzaron al espacio en busca de lugares habitables, para colonizarlos, y enriquecerse al mismo tiempo aprovechándose de los productos completamente vírgenes y también dar solución al problema cada vez más angustioso de la superpoblación de la Tierra.

Pero, para resolver este problema, no se podía contar con astros carentes de todo —atmósfera, agua, vida en cualquier aspecto— como era el caso de la Luna, y los nuevos pioneros tuvieron que llegar mucho más lejos, por lo menos hasta los dos planetas inmediatos a la

Tierra, Venus y Marte, para encontrar un mínimo de condiciones que, mejoradas con los elementos que ellos aportaban, permitían unas posibilidades de vida y estabilidad relativamente aceptables.

Sólo de vez en cuando se dirigía a la Luna alguna expedición de carácter científico, para analizar sus rocas, ver si en ellas se encontraba mezclado algún mineral aprovechable, y levantar mapas del lado que, por estar siempre opuesto a la Tierra, había sido desconocido hasta entonces.

Y fue el personal de una de estas expediciones el que lanzó la voz de alarma, que provocó la gran avalancha que cayó acto seguido sobre el satélite terrestre.

—¡Diamantes en la Luna!

El grito, lanzado a través de la radio del grupo expedicionario, fue captado por algunas emisoras de televisión de la Tierra y retransmitido inmediatamente a todos los ámbitos del globo.

—¡Diamantes en la Luna! ¡Noticia sensacional! ¡La expedición científica que dirige el profesor Lawrence, del «Centro de Investigaciones» de Nueva York, ha descubierto importantes yacimientos de diamantes en nuestro satélite!

La voz inicial no había dicho tanto. Sin embargo, el sensacionalismo en ritmo creciente a medida que se mejoraban las facilidades de difusión de noticias, de un grito que sólo indicaba que existían diamantes en la Luna, hizo una noticia que, tal como era dada, parecía indicar que todo el suelo selenita estaba sembrado de piedras preciosas.

Los periódicos de aquel día reprodujeron la noticia en grandes titulares, publicando al mismo tiempo mapas detallados de la Luna e indicando en ellos los lugares probables donde se encontraban los primeros yacimientos descubiertos. El profesor Lawrence quiso hacer algunas aclaraciones aquel mismo día, al dirigirse al Centro de Difusión Televisora de Nueva York.

—He captado su boletín de noticias y creo que han exagerado ustedes bastante — dijo—. Hizo mal mi telegrafista en comunicar el hallazgo sin mi autorización, pero fue cosa del entusiasmo del momento y ya nada puedo hacer para remediarlo. Sin embargo, les agradeceré que tengan en cuenta que los diamantes se han descubierto en un solo lugar y que la Luna no está ni mucho menos llena de ellos.

—¿Y eso qué importa? —le contestaron —. Si hay en una parte puede haber en otras, y no tenemos por qué desilusionar ahora a la gente.

—Tengan en cuenta que los diamantes —se han encontrado en un yacimiento de carbón de piedra situado a ras de suelo, cosa que no es corriente, y que sin duda desde las entrañas del satélite fue elevado a la superficie por algún desconocido cataclismo.

—Mayor motivo para suponer que bajo el suelo existen otros yacimientos, y por lo tanto la noticia no ha de ser rectificada, sino confirmada —insistieron los de la emisora.

El profesor Lawrence no quiso discutir más. Para él, se trataba de un descubrimiento importante —más que los diamantes— el hecho de comprobar que en la Luna, en tiempos remotísimos, había existido por lo menos una forma de vida vegetal semejante a la que en la Tierra había dado luego origen al carbón de piedra.

Y fue casi a partir del día siguiente cuando se produjo la avalancha. Ninguna Ley prohibía entonces los viajes interplanetarios, y para los que deseaban realizarlos por su cuenta había toda clase de facilidades. De hecho, para emprender un viaje de este tipo de carácter particular, bastaba ser propietario de una pequeña astronave de plazas limitadas, que entonces estaban a la venta pública y que podía adquirir quien lo deseara, no existiendo más obligación, para ser propietario de una, que la matrícula correspondiente, lo mismo que los automóviles en siglos anteriores.

La gente, pues, provista de mapas de la Luna y equipos de perforación, empezó a llover sobre el satélite, procedente de todos los puntos de la Tierra y aun de las colonias que se habían establecido en los planetas cercanos.

Y entonces empezaron las peleas. Los hombres que acudieron a la Luna eran gente aventurera, dispuesta a todo con tal de poder luego regresar con su nave repleta de diamantes. Se acotaron grandes parcelas de territorio lunar, con lo que los llegados posteriormente no estuvieron conformes, y las discusiones sobre derechos hicieron salir pronto a la luz las pistolas atómicas.

La superficie de la Luna se empezó a cubrir de cadáveres. Se organizaron verdaderas batallas campales, pues los buscadores solían ir en grupos y defendían hasta la última posibilidad las parcelas que habían acotado para su exploración. Ya no se buscaba, se luchaba. Los equipos perforadores habían quedado abandonados

momentáneamente, como si a la Luna sólo se hubiera ido a combatir.

Los primeros días fueron de tremendas luchas por el dominio del territorio. No se había buscado aún nada; no se sabía, por lo tanto, si se encontraría algo, pero el brillo del oro —o de las piedras preciosas— ha deslumbrado siempre lo suficiente a los humanos, para hacerlos combatir por su hipotética posesión.

Afortunadamente, las batallas campales no duraron demasiado, porque los Gobiernos empezaron pronto a establecer acuerdos tendentes a poner orden en la Luna, misión que fue confiada definitivamente a la Policía del Espacio, entidad internacional que cuidaba del orden y del cumplimiento de la Ley en todos los territorios ultraterráqueos y en las rutas siderales que los unían.

La Policía del Espacio llegó a la Luna, estableciendo en ella algunas bases transportadas desde la Tierra para su rápida instalación, y acto seguido empezó a actuar con todo rigor, poniendo coto inmediato a todas las luchas.

En cumplimiento de los acuerdos establecidos, se limitó al área a la que tenía derecho cada buscador, y se organizó un registro que pusiera fin a las discusiones. Se procedió a la búsqueda y castigo de los principales organizadores de las peleas, y se expulsó de la Luna a toda persona cuya permanencia allí se considerase poco recomendable.

Todo comenzó a funcionar. Y fue entonces cuando los buscadores de diamantes empezaron a darse cuenta, a su vez, de que no encontraban nada. Se habla combatido, se había matado —y hasta se había asesinado— por nada absolutamente.

Esta fue la primera impresión al comprobarse el resultado negativo de los sondeos. Sin embargo, la desilusión no duró demasiado, y los buscadores se hicieron eco de las palabras con que la emisora había contestado al profesor Lawrence: «Si hay en un sitio, puede haber en otros». Si los diamantes no aparecían en la superficie y si las excavaciones tampoco daban resultado, se los iría a buscar a mayor profundidad.

Para ello se contaba con las facilidades que ofrecían los llamados «cráteres» que, penetrando en su interior, daban paso a los buscadores hasta el mismo corazón del satélite quizá.

Fue preciso establecer un nuevo registro de «concesión de cráteres», cortando de raíz, al mismo tiempo, las nuevas peleas que se habían

iniciado. Y la búsqueda, bajo la vigilancia de las pequeñas naves de la Policía del Espacio, pudo continuar con toda tranquilidad.

Fue entonces cuando tuvo lugar la catástrofe. Consistió ésta en un inesperado terremoto, que se inició en forma de un trueno profundo surgido de las entrañas del satélite. El suelo empezó a temblar, y se abrieron numerosas y enormes brechas que engulleron a buscadores, equipos y naves, todo en el espacio de breves segundos.

Los que se hallaban en el interior de los cráteres se vieron de pronto aplastados por las grandes rocas que se desprendían de todas partes, y los que, estando bajo tierra tuvieron la suerte de no perecer de momento, se vieron condenados a una muerte segura al haberles quedado cerrados todos los caminos de regreso a la superficie.

El pánico entre los supervivientes fue inenarrable. Los hombres, como podían, bordeando grietas o saltando por encima de ellas si no eran demasiado anchas, atropellándose los unos a los otros y haciendo caer a muchos a remotas profundidades, corrieron hacia las naves que habían quedado en la superficie, para escapar en ellas a la terrible e inesperada catástrofe.

El destacamento de la Policía del Espacio de servicio en la Luna no se había visto afectado en modo alguno por la catástrofe debido a que todos sus miembros se encontraban en el aire, a bordo de sus pequeñas naves monoplazas, cuando se inició el terremoto.

De momento, Mark Teller, uno de los muchachos del Cuerpo que tenía mejor hoja de servicios, no acabó de comprender lo que estaba sucediendo. Su receptor especial para los sonidos exteriores captó el horrible trueno, y los gritos de los buscadores de diamantes al hundirse por las enormes grietas. Vio cómo éstas se abrían y cómo hombres y naves se precipitaban por ellas, pero siguió sin comprender.

Consideró conveniente ponerse en contacto con el sargento Curtís, su inmediato superior. Efectuó la llamada, y el rostro bonachón, ancho y con abundante papada de! sargento apareció en la pantalla, abriendo unos ojos que parecían dos círculos de tan redondos,

—¿Qué ocurre, sargento? —preguntó Mark.

—¿Me lo puede explicar usted a mí, Teller? —preguntó, a su vez, el sargento—. Sé lo mismo que usted. O sea, nada.

—Pero el suelo de la Luna se está hundiendo. ¿No ha captado usted el trueno?

—Sí, y todo parece indicar que se ha producido un terremoto. ¡Un terremoto en la Luna! —exclamó el sargento, cada vez más sorprendido—. ¿Sabe usted lo que esto quiere decir?

—Supongo que significará que la Luna tiene reservas de fuego interno o alguna otra zarandaja por el estilo —dijo Mark, a quien la Ciencia le interesaba tan poco como a los colegiales las ecuaciones algebraicas—. No sé…

—Las causas de los terremotos pueden ser diversas, Teller —empezó a explicar el sargento—. Está la que ha expuesto usted, que puede originar también los volcanes, pero luego cuenta también el leve e imperceptible desplazamiento de los continentes que flotan sobre el magma…

Mark, impaciente, le interrumpió,

—¡Por todos los diablos, sargento! ¿Cree usted que es el momento más adecuado para dar clase? ¡La gente se está hundiendo por esas grietas que se han abierto! ¿Tiene usted idea de lo que podemos hacer para intentar salvarlas?

—No, Teller, se lo aseguro —confesó el sargento—. Y no es porque carezca de sentimientos humanitarios. Pero ¿cómo podemos atender nosotros, una docena de hombres de la Policía del Espacio, a los centenares que han caído y están cayendo por las grietas? ¡Sin contar con aquéllos a quienes el terremoto los ha sorprendido en el interior de los «cráteres»!

Mientras a través de una pantalla hablaba con el sargento, a través de otra, Mark contemplaba el panorama exterior y la loca carrera hacia las naves no hundidas que daban los hombres.

—¡Se están matando unos a otros! —gritó Mark—. ¡Esos hombres han enloquecido!

—¡Y no les podemos cursar órdenes ahora! —repuso el sargento—. ¡Es tal su pánico que no se enterarían de nada!

—Sin embargo, hemos de intentarlo, ¿no le parece, sargento? —insistió Mark—. En los cascos de sus escafandras llevan auriculares y se podrán enterar todos a la vez de lo que les digamos. Hay que darles instrucciones para que procedan con orden a la evacuación.

En aquel momento, sonó una voz en la pantalla. Mark continuó viendo en ella el rostro asombrado del sargento, pero la voz que emitió no

pertenecía a su superior. Se había producido una interferencia.

—¡Es mejor que no se preocupen de los hombres y cuiden ustedes mismos de evacuar la Luna! —dijo la voz—. ¡También ustedes corren peligro si no lo hacen!

—¿Qué…? —dijo Mark.

La voz había sonado simultáneamente en su pantalla y en la del sargento, así como en las de los demás miembros del destacamento de Policía del Espacio que estaban de servicio en la Luna. El atlético joven observó que el asombro aumentaba de grado en el rostro del sargento Curtís.

—¡Disponen ustedes de escasos segundos para dirigir la proa de sus astronaves hacia el espacio exterior a la Luna! — repuso la voz.

—¿Quién habla? —preguntó Mark. ¿Quién es usted?

—No dé un salto en el asiento al escucharme —contestó la voz—. Soy algo que usted no se puede imaginar. ¡Soy un selenita!

—¿Un qué…?

—¡Un selenita! ¡Un morador de la Luna! ¡Le hablo en inglés porque conozco su idioma, pero pertenezco a la raza moradora de este astro y, con mis compañeros, tengo derecho a que nadie nos moleste aquí!

¡Un selenita! Pasado el primer momento de sorpresa, Mark supuso que estaba hablando con un bromista. ¿Cómo era posible pensar en la existencia de selenitas? ¿Cómo se podía creer en supervivientes del pasado —en el supuesto de que hubiese existido ese pasado— en un astro completamente muerto?

—¡Oiga, amigo! —gritó Mark—. ¡Si se trata de una broma me hará usted el favor de reconocer que el momento es muy poco oportuno!

—¡Tardará muy poco en saber, si se trata o no de una broma! —dijo la voz, ahora con franco acento de amenaza.

Y se cortó la extraña comunicación. Mark pudo continuar hablando ahora con el sargento Curtís.

—¿Lo ha captado usted también, sargento? —preguntó.

—Sí, Teller. Y no comprendo… ¡No es posible pensar en la existencia de selenitas!

—Me gustaría saber quién ha sido el bromista... —empezó a decir Mark, que, aferrado a viejos conceptos, no creía en la vida inteligente en ningún astro del Sistema Solar.

No pudo terminar la frase, porque en la pantalla se registró en aquel momento una llamada urgente» El joven policía desconectó al sargento para atender al otro. En la pantalla no apareció nada de momento. Luego, se fueron registrando unas rayas borrosas, indicadoras de que el aparato emisor de quien comunicaba con él estaba funcionando mal.

—¿Será otra vez ese tunante? —dijo.

Pero una voz, distinta a la del supuesto selenita, y en tono angustioso, empezó a decir:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Llama el profesor Lawrence, jefe del grupo científico que opera en la Luna! ¡Atención!

—¿Eh? —dijo el joven —. ¡Aquí Mark Teller, de la Policía del Espacio! ¡Hable, profesor!

—¿Ha dicho que es usted un policía? —preguntó el otro—. ¡Se oye mal! ¡Mi emisora está averiada!

—¡Soy yo, en efecto, profesor! ¡Un policía del espacio! ¡Mi nombre es Mark Teller! ¿Qué puedo hacer por usted o por su grupo?

—¡Ayudarnos! —contestó el profesor—. ¡Ayudarnos a toda prisa! ¡Nos están atacando!

—¿Atacando? ¿Quiénes les atacan? ¡Hable!

—Se han anunciado como selenitas, y sus primeros disparos han dado ya muerte a dos de mis hombres —contestó Lawrence. El acento de su voz reflejaba cada vez mayor angustia — . ¡Otro disparo ha averiado nuestra emisora! ¡Por eso no le puedo entender bien!

—¿Dice usted que les atacan los selenitas? ¡Pero esto es imposible, profesor! ¡No hay selenitas! ¡No es posible que existan! ¡Y usted mejor que nadie, dada su profesión, lo debe saber!

—¡ Dicen que son los últimos selenitas! ¡Los supervivientes de una civilización remotísima que tuvo como centro a la Luna antes de que se extinguiera la vida, el agua y la atmósfera en ella!

—¿Cómo? Pero ¿me quiere decir dónde diablos han vivido esos supuestos selenitas durante milenios y milenios?

—¡No lo sé, amigo mío! ¡En estos momentos no estoy en condiciones para pensar!... ¡Cielos! ¡Otro de mis compañeros ha caído bajo el fuego de esos seres! ¡Ayuda, policía! ¡Ayuda, por favor!

Era verdad, y el propio Mark se lo había dicho al sargento momentos antes. No era tiempo para discusiones de carácter científico, sino para actuar. Se reprochó a sí mismo haber efectuado aquellas preguntas tan fuera de lugar, y pasó a otra mucho más concreta.

—Bien, profesor... ¿Puede decirme exactamente dónde se encuentra usted y los demás componentes de la expedición?

—En el lado oscuro de la Luna —contestó Lawrence—. Pero ellos disponen de potentísimos focos y de naves modernas.

—¡El mayor disparate que he oído en mi vida! —dijo Mark, completamente incrédulo.

—¡Venga y lo verá! ¡Venga con todo el destacamento! ¡Con toda la gente que pueda!

—¿Puede concretarme su posición, profesor?

—Sí, atienda —dijo Lawrence—. Es, en relación a los meridianos de la Luna, longitud Oeste, grado... ¡Oh! ¡Oooh!...

La voz, después del grito terrible, dejó de hablar. La mano de Mark voló rápida al mando de la pantalla.

—¡Profesor! —gritó-. ¡Profesor Lawrence!

Pero no obtuvo contestación.

—¡Profesor Lawrence, o quien sea! ¡Llama el policía Mark Teller! ¡Que atienda quien me pueda escuchar!

Todo fue inútil. El grito de angustia del profesor Lawrence, aquel grito que parecía la postrera exclamación de un hombre, no se reprodujo. Ni nadie contestó a la llamada de Mark.

Entonces el joven policía conectó de nuevo con su jefe.

—¡Sargento! ¡Sargento! ¿Lo ha oído usted también?

El orondo rostro de Curtis hizo una nueva aparición en la pantalla.

—Todo, Teller —contestó—. No he intervenido porque he querido dejar que usted le atendiera.

—¿Y cuáles son sus órdenes, sargento? ¿Qué podemos hacer en estas circunstancias tan absolutamente imprevistas?

—¡Buscar a los miembros de la expedición Lawrence! —dijo el sargento—. Ha dicho que los selenitas, o lo que fuesen, disponían de potentes focos. Un rápido reconocí» miento del lado oscuro de la Luna, desde gran altura, nos permitirá localizarlos.

—Bien, sargento! Emprendo la marcha inmediatamente.

—¡Yo cursaré órdenes a los demás miembros de la patrulla, Teller! ¡Cuento con usted!

Mark Teller dejó de hablar con el sargento y llevó la mano a las manivelas de los mandos de la pequeña nave para dirigirla hacia la parte oscura de la Luna. Por los buscadores de brillantes no se podía hacer ya nada. El pánico se había apoderado de ellos, y en aquellos momentos estaban luchando por la posesión de las pocas naves que se habían salvado de los hundimientos. Una lucha semejante, pero todavía más frenética, que la que sostuvieron al principio de la posesión de las parcelas. Ahora se trataba de embarcar, de huir, y las naves eran escasas y todas, de muy limitado número de plazas.

Algunas, sin embargo, se hablan elevado ya, y Mark las vio pasar como exhalaciones junto a la suya, huyendo del peligro, proa a la Tierra, como habían pedido los supuestos selenitas. Quizá también éstos habían tenido posibilidad de comunicarse con los buscadores, aumentando así su pánico y sus incontenibles deseos de huir.

Ellos, después de todo, podían huir, porque habían ido a la Luna por propia voluntad. Pero Mark tenía que quedarse, ya que eral el deber quien le llamaba y, por otra parte, en aquel momento no se hubiera marchado, aunque se lo hubiesen permitido.

Pensó en el profesor Lawrence, primero y hasta entonces único descubridor de los diamantes de la Luna. Se dijo a sí mismo que Lawrence y la gente de su expedición habían sido bastante listos después de haber cometido el error de propagar la noticia a través de la radio. En cierto modo, habían rectificado, ya que se habían abstenido de indicar el sector donde se encontraban los diamantes, reservándolos para ellos solos, y sin que nadie se acercara a

molestarles.

Luego, no pensó en nada más. Mejor dicho, pensó en lo que estaba viendo, y que le parecía imposible de creer. ¡El espacio, se estaba llenando de naves! ¡Unas naves diminutas, como de juguete, que hubieran podido tripular niños, pero no hombres de estatura normal! ¡Pero aquellas naves no eran de juguete, porque de pronto empezaron a disparar intensamente contra las fugitivas, contra las de los buscadores de diamantes!

CAPÍTULO II

Los acontecimientos se estaban precipitando. Se echaban encima unos de otros con tanta prisa —como los buscadores de diamantes en su desesperada huida—, que resultaba imposible atender a ninguno, pues cuando se iba a hacerlo llegaba el siguiente y reclamaba su propia atención.

Después de haber querido organizar la evacuación de los buscadores, había interrumpido a los policías la llamada de los supuestos o reales selenitas —Mark empezaba a creer que reales—, y a éstos la angustiosa demanda de auxilio del profesor Lawrence y de su expedición. Cuando Mark se disponía a atender a esto último, ahora, la presencia en el cielo selenita de las diminutas naves le hacía pensar en la urgente necesidad de combatirlas, dejando que esperase todo lo demás.

Sin embargo, era un policía, un hombre que estaba obligado a obedecer órdenes superiores, y antes de hacer nada quiso ponerse en contacto con su jefe.

Y en su pantalla visora apareció una vez más el rostro del sargento Curtis.

—¿Las ha visto usted, sargento? —fue la pregunta.

—¿Se refiere a las naves? —contestó el superior—. ¡Por el mismísimo diablo, claro que las he visto, aunque sean tan pequeñas! ¡Infiernos! ¡Hemos de creer en la existencia de los selenitas, Teller!

—¡De acuerdo, sargento! —repuso el joven con impaciencia—. Pero ¿hemos de limitarnos a esto? ¿No hay que hacer nada más práctico que aceptar que existen?

Mientras hablaba, Mark miraba más que al sargento a la pantalla de comunicación con el ambiente exterior. Y a través de ella estaba viendo ya cómo los selenitas habían abatido a las primeras naves. Alcanzadas en sus partes vitales, algunas de ellas habían perdido completamente el control y se precipitaban contra el suelo de la Luna para estrellarse en él, o para hundirse hasta una ignorada profundidad en las grandes grietas abiertas por el terremoto.

Otras, sólo averiadas, dejadas sin posibilidad de seguir navegando, había, no obstante, dado tiempo a sus tripulantes de lanzarse al espacio, provistos de sus aparatos antigravitatorios.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mark, insistiendo.

El sargento se dio cuenta de su responsabilidad, pero no vaciló.

—¡Atacar! —dijo—. ¡Toda la sección al ataque! ¡Veremos si esos selenitas encuentran en nosotros tantas facilidades como con los asustados buscadores de diamantes!

Recibida la orden, Mark no esperó más. Pulsó los mandos, y su nave, como una flecha, se lanzó al encuentro de las navecillas enemigas. Entonces se pudo ocupar de ellas con más atención, siéndole posible establecer su número con exactitud. Eran veinte, Mark pensó que por muy pequeños que fuesen los selenitas, dado el tamaño de las naves, no cabría más de uno en cada una de ellas. Lo comprobaría mejor si conseguía abatir alguna de las navecillas.

Y en aquel momento, éstas empezaron a disparar. Mark se había dado cuenta ya de que poseían una velocidad extraordinaria, que les había permitido alcanzar a las de los buscadores, rodeándolas y haciéndoles imposible la huida. Sólo un reducido porcentaje de las naves terrestres habían podido continuar su marcha, escapando definitivamente, mientras que las otras habían sido ya averiadas o abatidas, por lo que el joven policía se encontraba de hecho completamente solo frente al enemigo.

Pensó que el sargento estaría muy cerca ya, y que sus compañeros de patrulla tardarían muy poco en hallarse en el campo de batalla. Pero ya no le preocupaba que le ayudasen o no. El no era un buscador de diamantes fugitivo. Era un miembro de la Policía del Espacio, y estaba avezado a la lucha contra los piratas y contra toda clase de maleantes

siderales.

Desde el primer momento maniobró para evitar los disparos de las naves enemigas, y acto seguido se preparó para el contraataque. Enfiló a una de las navecillas en el punto de mira del radar y pulsó con rapidez el botón del disparador de los pequeños torpedos.

Brotó un proyectil, veloz como un rayo, y antes de que la navecilla hubiera podido maniobrar para evitarlo se estrelló contra ella, produciéndose una enorme llamarada, aunque no se oyó ninguna explosión debido a la ausencia de aire. Mark vio que la pequeña nave se había despedazado en fragmentos.

Las demás no se arredraron por ello. Al contrario, Mark vio que maniobraban con el indudable propósito de cercarlo, y él, a su vez, se preparó para desbaratar la acción enemiga. Sin embargo, lo hubiera pasado mal de no haber aparecido en aquel momento en el espacio la nave del sargento, y de diversos puntos lejanos las de los restantes componentes del destacamento, que se acercaba a toda velocidad para intervenir en la lucha.

Los selenitas tuvieron que hacer frente a la nueva situación. Ahora no podían pensar en establecer el cerco de una sola nave, sino que se tenían que preparar para hacer frente a las que estaban llegando al lugar de la batalla. Mark aprovechó la circunstancia para enfilar a otra navecilla en su punto de mira. Brotó el segundo proyectil, pero esta vez el blanco no fue tan certero como la vez anterior. La nave fue sólo alcanzada de popa, pues había maniobrado a tiempo, y el pequeño torpedo se limitó a arrancarle parte de su estructura de cola, averiándole su sistema de propulsión.

De hecho la navecilla quedaba a merced de Mark. Otro torpedo hubiese acabado con ella definitivamente, pero Mark no era de los que se cebaban en el enemigo vencido. Su misión, en la lucha, era imposibilitar al adversario, y Mark actuaba con la misma nobleza tanto si se trataba de hombres, como de habitantes de otros planetas, cuya existencia era una realidad cada vez mayor.

Porque fue entonces cuando Mark lo vio por primera vez. Mientras sus compañeros, al mando del sargento Curtis, iniciaban el fuego contra el grueso de las naves enemigas, Mark vio cómo de la que él había derribado se desprendía un ser vivo. Un ser vivo, simplemente, porque Mark no se atrevió a admitir que aquello pudiera ser considerado como un hombre.

Aquel ser, según pudo calcular Mark por los medios de que disponía, no medía mucho más de un metro de estatura. Poseía una cabeza de apariencia humana, pero enorme, grotesca y desproporcionada, con la nariz muy plana, los ojos grandes y relucientes, y las orejas casi pegadas a la cabeza. El resto del cuerpo parecía el de un niño de siete u ocho años todo lo más. ¡Era un selenita! ¡Era uno de los remotos moradores de la Luna, que según le había anunciado poco antes, habían sobrevivido a miserias, falta de vida en él astro y a cataclismos!

El selenita no llevaba escafandra, como si su naturaleza le permitiese vivir sin necesidad de aire. Vestía un traje raro, pero que facilitaba sus movimientos, y en una de sus manos empuñaba un fusil atómico de pequeño tamaño. Descendía mediante la ayuda de un aparato antigravitatorio, que llevaba a la espalda, a modo de mochila.

Mark le contempló detalladamente durante unos momentos, con la ayuda de la amplificación que le permitía la pantalla de contacto con el exterior. ¡Un selenita! ¡No se había tratado de ningún bromista, sino que era una realidad!

Pero no podía permitirse demasiadas reflexiones, pues las otras naves seguían en el aire y la gran batalla estaba aún por empezar. Estableció comunicación con Curtis.

—¿Lo ha visto, sargento? —preguntó, repitiendo la pregunta que hizo cuando aparecieron las naves.

—Sí, Teller. Parece que se trata de una realidad. Hay selenitas. Pero nos han declarado la guerra y nos fuerzan a combatirlos. No era ésta nuestra intención.

—De acuerdo, sargento. ¿Cuáles son ahora sus órdenes?

—Forme en el ala izquierda del ataque y procure abatir todas las naves que le sea posible. No puedo darle otras órdenes de momento. Pero cursaré un aviso a esos seres intimándoles a que se rindan o a que depongan la lucha. A propósito, Teller. Le felicito por su acción.

—Gracias, sargento.

Mark cortó, pudiendo oír luego cómo el argento lanzaba un mensaje para que fuese contestado por los selenitas. Pero éstos no dieron muestras de haberlo recibido y soltaron algunos proyectiles más, que gracias a la pericia en maniobrar de los policías no hicieron blanco alguno.

Entonces Mark recogió la orden del sargento, lanzada a toda la sección.

—¡Sargento jefe a destacamento! ¡Atención! ¡Todas las naves al ataque! ¡El enemigo se niega a contestar! ¡Fuego!

Todos los hombres que componían el destacamento se dispusieron a obedecer la orden. Las naves se lanzaron hacia adelante, desplegadas en abanico, y las manos se aproximaron a los botones de los disparadores.

Y en aquel momento el enemigo inició la retirada. Ahora no se trataba de veinte naves contra una sola, ni contra un conjunto de desmoralizados fugitivos que no sabían maniobrar a la hora del combate, sino contra una sección de doce hombres de la Policía del Espacio, prácticos en la lucha y ejercitados en la persecución de toda ciase de elementos hostiles a la Ley y al orden.

Los selenitas se fiaron en la mayor rapidez de sus navecillas, sobre todo cuando se trataba de correr en línea recta, y sin pensarlo más emprendieron una vergonzosa fuga.

—¡Tras ellos! —ordenó el sargento al verles huir.

Las palancas aceleradoras fueron pulsadas y las naves de la policía alcanzaron su máxima velocidad. No obstante, los selenitas no sólo mantenían la distancia inicial, sino que | la iban aumentando por momentos, y pronto el sargento se dio cuenta de que sería empresa imposible intentar atraparles.

—Se dirigen a la zona oscura de la Luna —dijo, comunicando con sus hombres—. Preparen los focos para continuar la persecución.

—¿Me permite una observación, sargento? —sugirió Mark.

—Hable, Teller.

—Temo que vamos a perder el tiempo. Los selenitas aumentan la distancia por momentos, y nuestros focos no bastarán para descubrir a sus navecillas desde tan lejos.

—¿Sugiere, pues, que abandonemos, Teller?

—Me atrevo a sugerir que tratemos de localizar a los componentes de la expedición de Lawrence. Creo que será más práctico.

—Es cierto, Teller —contestó el sargento—. Y ya sabe usted que nunca rechazo una idea cuando me parece buena. Vamos a dividirnos, pues. Cada uno de nosotros tomará dirección distinta, y el que consiga localizar primero a la expedición de Lawrence que llame a los demás.

—¿Y los selenitas, sargento? —sugirió uno de los hombres.

—Teller tiene razón. Si los perseguimos, no haremos más que gastar tiempo y energías. Pero no temáis, muchachos, que a! punto que se han puesto las cosas estoy seguro de que no tardaremos en establecer de nuevo contacto con ellos. Han permanecido ocultos durante milenios, sin decidirse a mostrar la nariz, pero parece ser que ahora han mudado de opinión. Y no se contentarán con una sola escena.

Como a través de la radio podían hablar desde cualquier punto, las naves se habían ido alejando ya unas de otras, de acuerdo con las instrucciones del sargento, y estaban ya bastante separadas, controlando entre todas una enorme posición de la parte de la Luna no iluminada.

Los policías navegaban ahora en plena oscuridad, sólo con las pequeñas luces de posición encendidas, para que las naves no chocaran unas contra otras, y sus pantallas de contacto con el exterior no reflejaran absolutamente nada. Caso de tener cerca alguna nave enemiga, aunque ésta llevase completamente apagadas sus luces, los policías hubieran registrado su proximidad, mediante el radar, a suficiente distancia para hacer fracasar cualquier intento de agresión.

Mark, sentado ante el cuadro de mandos de su cabina, iba escudriñando en la oscuridad, lo mismo que sus compañeros, tratando de descubrir de un momento a otro los potentes focos que denunciasen la presencia de los selenitas en pleno ataque contra el mermado grupo del profesor Lawrence.

Y en aquel momento su pantalla anunció una llamada. Estableció contacto, pensando que el sargento o alguno de los compañeros había por fin localizado la posición selenita, pero su sorpresa fue mayúscula al ver que en fa pantalla aparecía el rostro de una mujer. Una muchacha joven, de unos veintidós o veintitrés años, indudablemente bella, pero cuyo rostro, en aquel momento, aparecía un poco desfigurado a causa del miedo.

—¿Eh? —soltó Mark. La aparición del feo rostro de un selenita no le hubiese sorprendido de aquel modo—. ¿Quién es usted?

—¿Hablo con la Policía del Espacio? —preguntó ella a su vez— —Por

favor! ¡Necesito ayuda!

—¡Cálmese, señorita, se lo ruego! —dijo Mark, ya repuesto de la momentánea sorpresa—. Sí, soy un policía. Mi nombre es Mark Teller. Pero ¿puede saberse quién es usted y desde dónde me habla?

—Me llamo Elaine Powell —contestó ella con voz angustiada—. No creo que esto le sirva de mucho ahora. Y le hablo desde el interior de mi nave. ¡Pero vengan! ¡Están aquí!

—¿Quiénes están ahí?

—¡«Ellos»! ¡Los selenitas! —clamó Elaine—. ¡Rodean la nave! ¡Están forzando la entrada!

—¡Rayos! —exclamó Mark—. ¡Esto me hace suponer que está usted en el suelo de la Luna! ¡Ya hemos ganado algo! Pero ¿dónde?

—En uno de esos campamentos mineros, engullidos en parte por las grietas — dijo ella—. No le puedo precisar más. Aterricé donde vi gente concentrada. ¡Pero fuera están luchando también!

—¿Y se puede saber a qué diablos ha venido usted a la Luna? —preguntó Mark—. ¿A buscar diamantes?

—¡Soy corresponsal del «Chicago Sideral Post»! —gritó ella —. ¡Una periodista! ¡Y lo que necesito es ayuda y no que me interroguen tanto!

—Comprendo, señorita —dijo Mark con calma ya —. Pero yo no soy más que un subordinado que cumple una misión. Voy a hablar con el sargento.

Mark cortó, y casi al mismo tiempo apareció el rostro del sargento Curtís en la pantalla. El joven hizo una comparación mental, llegando a la rápida conclusión de que el sargento no resultaba tan favorecido, en los dos bustos que acababa de contemplar.

Pero Curtís no estaba en aquel momento para comparaciones.

—He oído a la joven, Teller —dijo antes que Mark pudiera hablarle—. Destáquese usted, y haga lo que pueda.

—De acuerdo, sargento. ¿Han localizado algo?

—Clark acaba de anunciar que ha visto resplandores. Voy a dar orden de concentración. Pero usted obre aparte. Vea qué le pasa a esa periodista.

—Gracias por destacarme a mí, sargento. Acudo al instante. Corto.

Manipuló las palancas de mando, y la nave dio media vuelta rápida en el espacio, dirigiéndose después como una flecha hacia la parte iluminada del satélite.

Mientras la nave corría, Mark iba realizando ya sus cálculos mentales. Lo más probable era que los selenitas atacasen fa parte de la Luna sobre cuyo cielo se había librado la anterior batalla aérea. Un selenita había caído allí, y sin duda sus compañeros trataban de rescatarle de manos de los buscadores de diamantes que no habían podido embarcar y que, seguramente, la habrían emprendido contra él.

Pulsó también los mandos de la pantalla, para establecer nuevo contacto con Elaine Powell. Por fin lo consiguió. El rostro asustado de la joven apareció de nuevo.

—¿Vienen por fin? —preguntó con impaciencia.

—Voy yo, señorita. Y cálmese, se lo recomiendo por segunda vez. Esos selenitas son muy diminutos, y se les puede alejar incluso a puntapiés, si es necesario.

—Tienen armas, ¿no lo sabe usted? Además, son invulnerables.

—¿Qué...? ¿Sabe usted lo que dice, muchacha?

—¡Digo lo que veo! —contestó ella con firmeza—. ¡Los buscadores disparan contra ellos sus armas y no consiguen el menor resultado! ¡Lo veo desde aquí! ¡Le estoy diciendo lo que ven mis ojos!

—¡Pero eso no es posible!

—¡Lo es! ¡Lo es! ¡Y apresúrese, porque están taladrando la compuerta de la nave con una perforadora atómica! ¡Dentro de unos segundos nada más, estaré indefensa en su poder... o me habrán asesinado!

—¡Rayos! —rugió Mark.

No acababa de comprender lo que le había dicho Elaine, sobre todo lo referente a la invulnerabilidad de los selenitas, pero se dio cuenta de que el peligro de la joven era enorme. En otras circunstancias le hubiera dicho que lo que se merecía ella era un par de azotes bien pegados por haberse metido en aquella aventura, pero en las actuales circunstancias lo único que le podía contestar fue lo que dijo a continuación:

—¡Fuerzo la marcha de mi nave, señorita! ¡Trataré de estar ahí a tiempo!

Se hallaba ya en la zona de luz. En la Luna, sin atmósfera, tampoco existe ninguna zona crepuscular o de media luz, sino que se pasa bruscamente de la oscuridad más completa a la parte plenamente alumbrada por el sol.

Los campos de antiguos buscadores a los que se dirigía Mark no estaban ya lejos, y a los pocos segundos, a una marcha como nunca había llevado su nave, pudo verlos ya a distancia.

La pantalla de contacto con el exterior empezó a captarlos. Estaban llenos de grietas, y en ellos se veían algunas naves abandonadas, o por lo menos, como en el caso de la de Elaine Powell, averiadas e incapaces de poderse remontar.

Y los bruscos relámpagos que Mark veía brotar de vez en cuando, pese a que no podía distinguir aún a los tiradores, le daban a entender que en aquella región se estaba combatiendo. Los buscadores de diamantes que no habían podido embarcar disparaban, parapetados sin duda en las mismas grietas, o por lo menos en las que eran poco profundas, y los selenitas les contestaban a su vez desde otras, o desde puntos que Mark no podía precisar.

Pero a medida que se acercaba, en fracciones de segundo casi, le fue posible apreciar mejor la situación. Los hombres, los terrícolas, sí que estaban parapetados; pero los diminutos selenitas combatían a pecho descubierto, sin que les hicieran mella las explosiones de los pequeños proyectiles atómicos que disparaban las armas de los buscadores de diamantes, i Las balas que hubieran desintegrado a un hombre en un instante, no causaban el menor efecto al chocar contra los cuerpos de aquellas esmirriadas criaturas!

—¡Imposible! —exclamó Mark desde su cabina, contemplándolo todo a través de la pantalla ampliada —. ¡Parece imposible... pero lo estoy viendo! ¿Qué extraña protección llevan esos selenitas que los hace invulnerables a la desintegración atómica?

Mark no tenía respuesta para sus preguntas. Por otra parte, en aquellos momentos, más que una respuesta, necesitaba un medio para poner fin a la lucha que se desarrollaba en el suelo lunar, y cuya peor parte —la única peor parte que había— corría a cargo de los habitantes de la Tierra; de los hermanos de raza del policía.

Los selenitas, dada su invulnerabilidad a los disparos, avanzaban

tranquilamente hacía las posiciones de los terrícolas, y si no los habían exterminado aún por completo, era debido a que los humanos eran muchos —varios centenares por lo que Mark pudo calcular—, mientras que los selenitas no pasaban de la docena.

Y mientras los disparos de los terrícolas no causaban ningún efecto en sus cuerpos, ellos, con sus pequeños fusiles, iban mermando poco a poco el número de sus enemigos, que sucumbían sin la satisfacción —clásica en los combatientes de otras épocas—de haber eliminado al mayor número posible de contrarios antes de perecer.

El cerebro de Mark trabajaba a marchas forzadas. Pensaba en el modo de inclinar el peso de la lucha a favor de los suyos, pero no encontraba la solución. Se le había ocurrido sobrevolar con su nave el espacio ocupado por la docena de selenitas y soltar sobre ellos varios chorros de bombas atómicas. Aunque había visto que las pequeñas balas de este tipo no hacían mella en ellos, el policía estaba seguro de que con las bombas la cosa cambiaría de aspecto. No era posible que, caída una bomba atómica sobre un selenita, quedara éste sin desintegrar.

Sin embargo, la proximidad cada vez mayor entre selenitas y terrícolas no aconsejaba el empleo de bombas atómicas que pondrían en grave peligro la vida de estos últimos. Y Mark, en su condición de policía, estaba obligado a proteger las vidas de sus semejantes en vez de exponerse a sacrificarlas en un intento desesperado de vencer al enemigo. Y aparte de que éste era su deber, también era su modo de interpretar las cosas. Por lo tanto, se abstuvo de llevar a la práctica su idea.

Mientras pensaba en todo esto, casi se había olvidado de la joven periodista Elaine Powell. Pero tenía su pantalla conectada con la nave de la muchacha, y un grito de ésta vino a sacarle de su abstracción.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Ya están aquí! ¡Socorro!

Teller captó toda su angustia.

—¿Qué? —exclamó Mark, prestando atención a la pantalla—. ¿Han conseguido ya penetrar en la nave?

Vio el rostro terriblemente horrorizado de Elaine.

—¡Socorro! —gritó una vez más la joven.

Y un segundo más tarde, en lugar del rostro de la periodista, Mark vio

en la pantalla la repelente faz de un selenita. Elaine había sido arrancada violentamente de allí. Mark no sabía cuál había sido la suerte de la joven, pero supuso que los implacables selenitas le habían dado muerte sin compasión.

—¡Criminales! —tronó—. ¿Qué os hemos hecho nosotros? ¡Podíamos haber establecido relaciones pacíficas! ¡Los hombres no somos ninguna raza de asesinos, y estamos siempre dispuestos a convivir en paz con quien sea!

El selenita dejó escapar algo que se podía tomar por una carcajada de burla, aunque los músculos de su rostro, al contraerse, sólo dejaron apreciar una desagradable mueca. Y luego habló. Habló en inglés, la misma lengua en que se había expresado el joven americano,

—Los selenitas no aspiramos a convivir con nadie —dijo—. Queremos el sometimiento total. Ocultos en las entrañas de nuestro satélite, hemos vivido milenios de años observándolo todo, estando al corriente de todo y preparándonos para la gran conquista. Somos superiores y tenemos derecho al mando. ¡La Tierra y los demás planetas tendrán que someterse a los últimos selenitas cuando iniciemos la gran ofensiva, que no va a tardar! ¡Esto no ha sido más que el principio!

La amenaza era terrible. Y si, en efecto, los selenitas eran invulnerables a las armas terrestres, según había podido apreciar Mark, aunque su Ejército fuese reducido, sería tal el pánico que conseguirían propagar entre la población del mundo, que casi podían considerar anticipadamente su victoria. Los Gobiernos tendrían que pactar con ellos. Mejor dicho, tendrían que someterse; rendirse incondicionalmente.

Pero algo en el interior del joven policía se rebeló al considerar esta idea, y su razón —aunque la apoyaba la lógica— se negó a aceptarla.

—¡Bandidos! —gritó-. ¡No venceréis! ¡No podéis vencer! ¡Es imposible!

En aquel momento, a través de la pantalla de contacto con el exterior, vio los acontecimientos que se desarrollaban fuera de la nave. Un pequeño grupo de selenitas, aparte del que seguía la lucha contra los buscadores de diamantes, estaba sacando a la periodista fuera de la nave. No la habían asesinado, como temiera Mark. Se la llevaban con vida, y, por lo tanto, existía aún la remota posibilidad de rescatarla.

Mark no lo pensó más. Y dejando al selenita de la pantalla, se apoderó

de los mandos de la nave y la hizo aterrizar en breves momentos. Lucharía por rescatar a la joven. Sería una lucha absurda, en la que él tendría que llevar la peor parte, en la que sucumbiría sin duda, pero esto no le importaba en aquellos momentos.

Era un Policía del Espacio y tenía que cumplir con su deber.

CAPÍTULO III

Lo que no había podido pensar Mark en varios minutos de serena reflexión —todo lo serena que permitían los acontecimientos— lo pensó en los breves y desesperados instantes en que se vio en la ineludible necesidad de acudir en defensa de la joven periodista e intentar su rescate.

La Policía del Espacio estaba dotada de dos tipos de armas, que se empleaban según aconsejaban las circunstancias; la pistola atómica, que fulminaba en un momento al enemigo, y la metralleta de balas perforadoras, con disparador atómico, que permitía soltar cincuenta balas por segundo.

Si los selenitas no se desintegraban al contacto de los pequeños proyectiles atómicos, no era seguro que fuesen también imperforables a las balas que disparaban las metralletas. En cualquier caso esto no estaba aún demostrado, y Mark sería el primero en hacer la prueba.

Al tiempo que aterrizaba había puesto también en funcionamiento el mecanismo que abría la compuerta de salida al exterior. No lo pensó más; se colgó la pistola atómica en el cinto, y empuñando la metralleta con su dotación completa de balas, se lanzó fuera de la nave. Mark vestía ya su traje del espacio, que era habitual en la policía, y no había tenido que hacer, en los últimos momentos, más que ajustarse la escafandra, como al parecer, los selenitas habían permitido que hiciera Elaine Powell antes de sacarla al exterior. Notó que respiraba bien, se sintió fuerte y más decidido que nunca a la lucha.

Apenas hubo salido, se enfrentó con los selenitas que llevaban cautiva a la muchacha. Empuñaban sus pequeños fusiles atómicos, y apenas vieron al joven se dispusieron a abrir fuego contra él. Su caso, al

parecer, era distinto al de la periodista y no tenían el menor interés en capturarle con vida.

Elaine, al ver que no se ocupaban de ella de momento, se separó de sus aprehensores, corriendo algunos pasos en dirección a su nave para encerrarse de nuevo en ella. Los selenitas no se preocuparon por esta actitud de la muchacha. Sin duda estaban seguros de que el fin de Mark era cuestión de momentos, y una vez muerto éste, Elaine volvería irremisiblemente a su poder.

Pero no contaron con la decisión del policía ni con la capacidad de su metralleta de balas perforadoras. Antes de que ninguno de los fusiles atómicos pudiera entrar en acción, la metralleta había disparado ya centenares de balas, en constantes ráfagas en abanico, y las armas empezaron a volar de las manos de los selenitas.

Estos eran seis en total. Sólo uno de ellos consiguió efectuar un disparo antes de que las balas de Mark lo desarmaran, pero la movilidad del policía hizo errar el tiro, y el proyectil atómico fue a estrellarse contra una piedra, desintegrándola, mientras Mark saltaba rápidamente a un lado, sin cesar de apretar el gatillo.

Su puntería era certera.

Sin embargo, estaba ocurriendo algo incomprensible. Era cierto que la fuerza de las balas disparadas por Mark había arrebatado los pequeños fusiles de las manos de los esmirriados selenitas, pero no lo era menos que ninguno de ellos había caído, pese a haber recibido numerosos proyectiles, en sus cuerpos.

¿Cómo se podía explicar aquello? Mark no tenía tiempo para pensarlo ni disponía de medios para contestar a la pregunta. Sólo comprobaba hechos. Y los hechos eran que los cuerpos de los selenitas deberían de estar en aquel momento partidos por la mitad a consecuencia de las ráfagas de la metralleta, y, no obstante, todos seguían en pie, moviéndose como si nada les hubiera ocurrido.

Trataron de recuperar los fusiles que se les habían caído. Pero las balas de Mark hacían saltar las armas de un lugar a otro, poniéndolas siempre fuera del alcance de los que se agachaban para cogerlas. Era lo único que podía hacer.

Esto, y lanzarse a la lucha cuerpo a cuerpo. Si las balas tampoco causaban efecto en los selenitas, Mark vería si era posible dejarlos fuera de combate a culatazos, a puntapiés, o de la manera que fuese. Aquello no podía continuar. Se lanzó a todo correr contra el pequeño

grupo, y la emprendió a golpes contra los diminutos cuerpos, manejando la metralleta con toda la fuerza de sus brazos.

Pero aquellas criaturas poseían una rara agilidad de movimientos, y sabían esquivar a tiempo los furiosos golpes que Mark les lanzaba. Consiguió acertar a uno, derribándolo al suelo, pero se levantó al momento con toda rapidez. Alejó a otro par, de sendos puntapiés, haciéndolos saltar a varios metros de distancia, pero también vio que se levantaban al momento, apenas habían tocado el suelo.

Sin embargo, tampoco los selenitas podían contra él, pese a que menudeaban sus golpes, y por fin, viendo que la lucha no daba resultado por ninguno de ambos bandos, Mark trató de apoderarse de uno de ellos para llevarlo a su nave y encerrarlo allí en uno de los compartimientos. Sería un trabajo lento, pero podría dar algún resultado positivo. Los selenitas no eran más que seis, y en media docena de viajes trataría de encerrarlos a todos.

Se colgó rápidamente la metralleta en el cinturón, al lado opuesto de la pistola automática, y antes de que sus enemigos hubieran podido evitarlo, aprisionó con sus brazos el cuerpo de uno de ellos y lo levantó en vilo. Los demás selenitas quisieron defender a su compañero. Se lanzaron sobre Mark, quien los alejó a puntapiés, pero ellos se alzaban rápidos tras cada caída y volvían al ataque con todo furor.

Mark quiso aprovechar uno de los momentos en que sus enemigos estaban apartados de su cuerpo para correr hacia la nave. Pero, como al mismo tiempo tenía que vigilarlos para que no corriesen a recuperar sus fusiles atómicos, no pudo prestar atención a una de las numerosas piedras que cubrían el suelo de la Luna, y tropezó en ella.

Cayó cuan largo era, y el selenita prisionero se le escapó. Aunque no poseía la agilidad de sus enemigos, Mark no permaneció demasiado tiempo en el suelo. Se puso en pie de un salto y empuñó de nuevo la metralleta, atento a cualquier contingencia.

Vio entonces cómo sus enemigos abandonaban la lucha. Sin duda habían comprendido la intención de Mark, de encerrarlos uno a uno, y se habían aprovechado del fracaso del primer intento para abandonar el campo. El policía los vio correr, rápidos como flechas, y no quiso gastar balas contra ellos en su huida, porque había comprendido que no sacaría ningún resultado de ello.

Los selenitas desaparecieron pronto tras los amontonamientos de

piedras lejanos, y Mark no los quiso perseguir porque estaba seguro de no conseguir ningún resultado. Le bastaba la momentánea victoria, y haber conseguido liberar a la joven periodista, la cual había seguido toda la lucha desde la entrada de su nave, y ahora se acercaba seguramente para felicitar al vencedor.

—Gracias, señor —dijo Elaine, emocionada—. Me dijo usted que se llamaba Mark Teller, ¿verdad?

—Para los amigos, Mark a secas —contestó el policía. Estaba contento. Aunque su victoria había sido muy relativa, por lo menos se había cumplido el objetivo principal.

—Sin usted, no sé qué hubiera sido de mí —repuso ella — . Me habían cogido ya.

—Es lo que no comprendo —dijo Mark—. No entiendo por qué esos individuos se dedican a matar, sin hacer prisioneros. Usted ha tenido suerte de que la dejaran con vida.

—He podido presenciar parte de su lucha contra los buscadores de diamantes —dijo ella, con tristeza—, y me ha convencido de lo que acaba de decirme usted. Por eso me asusté tanto. Aunque tampoco me gusta la idea de ser prisionera de esos personajes.

Mark estaba pensando en la lucha que sostenían los buscadores de diamantes. Casi la había olvidado, y ahora se estaba dando cuenta de que su deber le obligaba a ayudarles. El destacamento de la Policía del Espacio había sido mandado a la Luna precisamente para proteger a aquellos hombres y para restablecer la tranquilidad, y ahora, cuando todo parecía marchar bien, habían hecho acto de presencia los selenitas —los inesperados selenitas—, dando al traste con todo.

Miró a Elaine.

—He de ayudar a esos hombres —le dijo—. Usted no se mueva de aquí. Enciérrese en mi nave y llámeme si corre nuevo peligro. Gracias a los auriculares del casco la podré oír al momento.

—Pero yo quiero ir con usted —contestó ella —. No olvide que soy periodista y que mi misión en la Luna es hacer un reportaje de todo lo que ha sucedido.

—Supongo que no fa habrán mandado para que informe sobre el ataque de los selenitas.

—No, desde luego —dijo Elaine—. En la Tierra no se sabía aún nada de los selenitas cuando partí de ella. El director del periódico me mandó, simplemente, para que hiciera un reportaje sobre los campos de diamantes y la situación general de aquí, que se sabía bastante movida.

Mark sonrió.

—Un poco —dijo—; pero se ha movido mucho más desde su llegada. A pesar de todo, no la puedo autorizar para que esté a mi lado mientras trato de ahuyentar a los selenitas. Su presencia me restaría libertad de movimientos.

La muchacha quiso protestar aún, pero en este aspecto Mark se mostró irreductible, y la joven tuvo que acatar su primitiva decisión. Y mientras se dirigía a la nave del policía, para ponerse en seguridad en su interior, Mark, con la metralleta preparada, avanzó hacia el lugar donde luchaban los buscadores y los selenitas.

Había repuesto ya el cargador gastado en su primer combate, y por lo tanto el arma estaba en condiciones de ser empleada de nuevo con toda su intensidad de fuego. Fue avanzando a pie, con cuidado, protegiéndose en las piedras más altas y procurando no ser visto por sus enemigos.

Los sorprendió de flanco cuando se disponían a realizar su asalto definitivo contra las posiciones de los terrícolas. Muchos de éstos habían sucumbido ya, en aquella lucha estéril en la que no podían mermar el número de sus atacantes, y ahora los selenitas estaban en inmejorables condiciones para acabar con el resto.

Entonces, Mark empezó a disparar. Sabía ya los efectos que las balas causaban en los selenitas, y no se entretuvo en disparar a los cuerpos, sino que dirigió sus ráfagas contra las armas, haciéndolas volar, como en el caso del primer grupo enemigo.

En efecto, los pequeños fusiles empezaron a saltar de las manos de los selenitas, pero éstos se dieron cuenta del lugar, de donde procedía el ataque y algunos de ellos pudieron disparar antes de que las armas se les hubieran escapado de las manos.

Una de las rocas tras las que se refugiaba Mark quedó completamente volatilizada, pero el joven policía se situó detrás de otra y prosiguió mandando chorros de balas contra sus enemigos.

Cuando todos los selenitas se quedaron sin fusil, y antes de que

trataran de recuperarlo, Mark abandonó su refugio, que ahora ya no le era necesario, y avanzó a todo correr hacia el grupo enemigo, sin dejar de disparar, para impedirles que cogieran de nuevo las armas del suelo.

Al mismo tiempo, se dirigió a los buscadores de diamantes que estaban aún con vida.

— ¡Atención! —gritó, a través del micrófono de su casco—. ¡Les habla Mark Teller, de la Policía del Espacio! ¡He dejado sin armas a los selenitas! ¡Abandonen sus posiciones y salgan a ayudarme! ¡Me va a hacer falta!

Le contestó un conjunto de voces. Todos los buscadores hablaban a la vez, no coincidiendo sus respuestas, por lo que el policía no pudo enterarse de nada.

—¡Salgan! —repitió Mark—. ¿No me han oído? ¿Van a dejarme que combata yo, un hombre solo, contra el enemigo?

Había comprendido la causa de la indecisión de los mineros. El pánico. El pánico inicial que se había apoderado de ellos, ante la inesperada aparición de los selenitas después del terremoto, y que había aumentado al comprobar la impotencia de sus armas contra aquel extraño enemigo.

—¿Van a ser tan cobardes? —repitió Mark, tratando de herir el amor propio de los terrícolas.

Sus palabras causaron efecto, pues a los pocos momentos vio que algunos de los mineros se decidían a asomar sus cabezas, a las que siguió la totalidad de sus cuerpos. Algunas palabras llegaron ahora a sus oídos de modo perceptible.

—¿Qué hemos de hacer?

—¡Empréndanla a golpes, a pedradas, como sea, contra esos seres! —contestó el policía —. ¡Hemos de impedir por encima de todo que recuperen sus armas!

Pero los buscadores se habían dado cuenta ya de que los selenitas no tenían armes, y se dispusieron a colaborar con el joven, llenos de entusiasmo. Las piedras empezaron a llover sobre los esmirriados habitantes de la Luna, derribándolos, y haciéndolos caer de nuevo cada vez que se levantaban con la celeridad que Mark ya conocía.

—¡Traten de cogerlos! —ordenó el policía—. ¡Poseen poca fuerza y es fácil apoderarse de ellos!

Pero esta vez, los selenitas no se mostraron dispuestos a permitir que se repitiera la operación. La primera vez, el grupo anterior, se las había tenido que haber con un solo hombre, pero ahora eran muchos los que se dirigían contra ellos, ávidos de venganza, y sus posibilidades de escapar aparecían muy limitadas.

En consecuencia, optaron por la fuga. Por lo visto, los selenitas desconocían la idea de la dignidad, y para ellos era cosa corriente emprender la fuga cuando la situación se les ponía mal.

Los acompañaron en su huida las piedras que les lanzaban los buscadores, pero aunque muchos caían, se levantaban en seguida con su prodigiosa agilidad, y en pocos momentos, gracias a la velocidad de su carrera, estuvieron fuera del alcance de los terrícolas.

—¡Vamos a perseguirles! —gritaron algunos buscadores, entusiasmados, iniciando ya la carrera.

Pero Mark, que se había erigido comandante en jefe de la situación, los contuvo con su voz.

—¡Esperen! —gritó—. ¡No los podrán alcanzar! ¡Y se exponen a encontrarse con nuevos grupos de selenitas armados!

Esta última consideración fue suficiente para contener el ánimo belicoso de los que habían emprendido la carrera.

—Es cierto —dijo uno de ellos—. Lo mejor que podemos hacer es buscar alguna nave aprovechable y emprender el regreso a la Tierra. ¡Aquí no hay diamantes ni hay nada, salvo esos pequeños monstruos sedientos de sangre! ¡Yo me voy!

—Y yo te acompaño! —contestaron varios.

—¡Un momento, amigos! —gritó Mark—. ¿Van a abandonar la lucha cobardemente? ¡Piensen que, aunque no hubiera otros motivos mucho más poderosos, se trata de un prestigio de razas! ¡Los humanos no hemos de demostrar cobardía ante los selenitas!

—No, ¿eh? —dijo uno — . Espere usted que se rearmen y ya me contestará. ¿Qué clase de valor quiere demostrar ante un enemigo a quien no causa daño alguno armas atómicas?

—Han podido ver la forma de combatirlos —repuso Mark—. Yo la he empleado con eficacia. Cada enemigo tiene su forma especial de ser combatido.

—Pero las balas tampoco les causan daño alguno en sus cuerpos —contestó otro —. También hemos visto esto. ¡Y yo me marcho! ¡El que quiera que me acompañe!

Mark no tenía autoridad para obligar a aquellos hombres a quedarse. Habían ido a la Luna voluntariamente, y tenían derecho a abandonarla cuando les viniera en gana. Ellos no eran militares, ni estaban bajo ninguna disciplina. Los vio, pues, alejarse, aunque con pena, y poco después presenció cómo varias naves, las que no habían tenido tiempo de escapar antes, se remontaban hacia el cielo, a toda velocidad, poniendo proa a la Tierra.

Mark se dirigió hacia su nave, donde le esperaba Elaine Powell, a la que encontró sin novedad.

—A usted también le interesará marcharse cuanto antes, ¿verdad? —Se dijo—. Bien, veremos si se encuentra por ahí alguna nave en condiciones, y...

—¡No tan aprisa! —cortó ella, ante el asombro de Mark—. ¿Quiere usted desprenderse de mí? ¿Le estorbo, acaso?

—De ningún modo, pero...

—Me han enviado de mi periódico para que haga un reportaje sobre la situación aquí, y tengo una idea clara de mi deber —declaró ella, de modo tajante—. No le ocultaré que he pasado miedo y que aún no estoy demasiado tranquila, pero esto es lo de menos. Encuentro interesante mi trabajo, y seguiré aquí hasta completarlo. ¿No se da cuenta de que soy la primera periodista que habrá podido explicar cómo son y cómo actúan los selenitas?

De lo único que se daba cuenta Mark en aquel momento era de que la joven se arriesgaría demasiado si se quedaba en la Luna, y de que, además, quedándose ella, él no se atrevería a emprender determinadas acciones por ser demasiado peligrosas.

Sin embargo, lo mismo que no se había considerado con autoridad para obligar a los buscadores a quedarse, tampoco la tenía para ordenar a la joven que emprendiera la marcha.

—Yo he de reunirme con mis compañeros —le dijo.

—Bien, ¿y no puedo ir yo con usted? ¿Va a dejarme aquí?

—No me entiende, Elaine —repuso el policía —. Formo parte de una sección a las órdenes de un sargento, y he de acatar lo que mande mi jefe. Hemos iniciado una terrible lucha contra los selenitas. Puede presentarse la contingencia de nuevas batallas. Y con usted en la nave...

—Comprendo. Quiere decir que si me quedo, tendré que correr los mismos peligros que usted. No me importa, y acepto el riesgo.

Mark no puso nuevas objeciones. Pensó que, después de todo, iba a reunirse ahora con su jefe, y sería el sargento Curtís quien tomara la responsabilidad de permitir a Elaine que se quedara o la obligaría a regresar a la Tierra.

Estaban en la cabina de la nave del policía. Mark pulsó los mandos de la pantalla, efectuando una llamada a la que esperaba recibir pronta contestación. La compuerta de acceso se había cerrado, y se podía estar ya en el interior sin el casco.

—Usted vigile la pantalla de control exterior, por si aparecen nuevos selenitas —dijo a la joven —. Yo, mientras, me pondré en contacto con mi jefe, el sargento Curtís.

Siguió pulsando los mandos de llamada, y empezó a decir:

—¡Atención! ¡Llama Mark Teller! ¡Mark Teller al jefe de destacamento! ¡Atención! ¿Me oye, sargento Curtís?

No obtuvo respuesta. Siguió pulsando el botón de llamada, en espera de que si no el sargento, por lo menos alguno de sus compañeros le contestaría.

—¡Mark Teller llama al destacamento! —repuso—. ¡Atención! ¡Contesten! ¡Llama Mark Teller! ¿No me oye nadie?

Tampoco esta vez consiguió respuesta. Mark empezó a alarmarse. No era posible que no le oyeran si estaban todos en sus respectivas naves. Cabía, desde luego, la posibilidad de que hubieran desembarcado para emprender una acción en tierra. Cabía también... Mark prefirió no pensarlo. El había tenido suerte en sus dos combates cara a cara contra los selenitas, pero quizá sus compañeros habían tenido que habérselas con un número mucho más crecido de enemigos, o se habían fiado de la eficacia de sus armas atómicas sin pensar, como había pensado Mark, en el empleo de la metralleta.

Siguió llamando aún, ya sin esperanzas de recibir contestación.

—¿No puede comunicarse con sus compañeros? —le preguntó Elaine, al ver su rostro preocupado.

—Ya ve usted que no —dijo él—. No puedo hacer más que una cosa. Ir allí y ver qué ha sucedido.

—Si se han encontrado con los selenitas, será peligroso —objetó Elaine.

—Me lo figuro. Mi carrera es peligrosa siempre. Lo siento por usted, Elaine, pero aún tiene posibilidad de regresar a la Tierra.

—Estoy decidida a quedarme —dijo ella, con resolución.

—Piense que no evitaré ningún riesgo pensando en usted, Elaine. No podría hacerlo aunque quisiera. Ante todo, he de salvar a mis compañeros si todavía es posible.

—Lo comprendo. A pesar de todo, iré con usted. Yo no me pierdo el reportaje.

Por toda respuesta, Mark pulsó la palanca de elevación. Empezaron a funcionar los reactores, y momentos después la nave se elevaba a toda velocidad, dirigiéndose a la zona no iluminada de la Luna.

Pasaron bruscamente de la luz a la oscuridad, y la pantalla en contacto con el exterior dejó de captar impresiones.

—¡Dios mío! —exclamó Elaine—. ¡Esto es la noche absoluta!

—Aquí no hay iluminación nocturna —contestó Mark—. Los selenitas se han olvidado de construir ciudades y carreteras. Lamento su desengaño, si se esperaba otra cosa.

—¿Y cómo podrá orientarse usted en plena oscuridad? — quiso saber la joven.

—Por los aparatos de! cuadro de mandos. Me fijé en la posición cuando llamó usted y el sargento me ordenó que acudiera a atenderla. En aquel momento se había localizado la posición de la expedición de Lawrence, y, por lo tanto, nosotros buscaremos a partir de allí. Estamos ya muy cerca de dicho lugar.

—¿La expedición de Lawrence? —repitió ella—. ¿Se refiere al profesor Edwin Lawrence, del «Centro de Investigaciones Científicas» de Nueva

York?

—Al mismo. ¿Le conoce usted, acaso?

—Como periodista, estoy obligada a conocer a los principales hombres de ciencia del país —contestó Elaine—. Pero es que, además, el profesor Lawrence fue en otro tiempo amigo de mi padre.

—¿Amigo de su padre?

—Sí —confirmó ella—. Mí padre también es científico. Charles Powell, de la Ciudad Nuclear de California. Supongo que habrá oído usted hablar de él.

CAPÍTULO IV

Charles Powell, uno de los hombres de ciencia más prestigiosos de la época, había sido llamado al despacho del director general del gran establecimiento científico, con sede en el Estado de California, y llamado por sus grandes proporciones la Ciudad Nuclear.

—Le necesitamos, Powell —dijo el director, sin más preámbulos apenas el científico hubo tomado asiento.

Este sonrió.

Charles Powell era un hombre de cincuenta y cinco años, de temperamento muy reposado, y para quien la vida sólo tenía dos cosas de interés: su hija Elaine y la Ciencia. Por este orden.

—Siempre estoy a su servicio, señor director —contestó, con amabilidad.

—Pero el caso actual es extraordinario, Powell. ¿No se ha enterado usted de las noticias?

—No leo más que revistas científicas —contestó el padre de Elaine—. Y la televisión no me interesa. Sus programas sólo sirven para distraer la atención que se debe prestar a...

—¡Los selenitas atacan! —dijo el director, bruscamente, interrumpiendo la conferencia que se iba a iniciar sobre las ventajas y

desventajas de la televisión.

—¿Qué...? —pese a su serenidad, el padre de Elaine casi dio un salto en la silla—. ¿Se ha vuelto loca la gente?

—¿A quién se refiere usted? ¿A los selenitas?

—¡Qué selenitas ni qué imbecilidades! ¡Me refiero a los que han hecho correr la noticia! ¿Estamos hoy en el día de los Inocentes? ¡No existen tales selenitas! ¡No pueden existir!

El director sonrió. No con la risa de triunfo que hubiera podido mostrar en otras circunstancias al estar en condiciones de demostrar algo al famoso hombre de ciencia, sino con la sonrisa triste del que se ha de enfrentar con una realidad amarga.

Tenía un periódico sobre la mesa y lo alargó a Powell.

—Véalo usted mismo —se limitó a decir.

Powell tomó el periódico y miró en la página que el otro tenía abierta. Había en ella, bajo unos enormes titulares, varias fotografías de gran tamaño representando paisajes lunares, y en ellos, un grupo de selenitas manejando sus pequeños fusiles.

—Pero... —dijo—. ¡Esto no es posible! ¡Aquí ha de haber un engaño!

—¿No se convence todavía? -r- preguntó el director—. Las fotografías las tomó uno de los buscadores de diamantes. Uno de los pocos que tuvieron serenidad suficiente, ante el pánico general que se desarrolló.

—¡Es imposible que haya habitantes en la Luna! —insistió Powell —. Yo le podría escribir un volumen entero demostrándole que científicamente no se puede admitir...

El director le interrumpió de nuevo.

—Deje el libro ahora, y conserve todas sus energías para el trabajo que le voy a encargar en nombre del Gobierno. Un trabajo urgente, Powell. Ha resultado imposible cortar la expansión verbal de los hombres que han regresado de la Luna, y ya ve los resultados. El mundo entero conoce ya la existencia de los selenitas y su invulnerabilidad ante las armas más modernas. El pánico es general. Después de todo, la Luna está en la próxima esquina, como si dijéramos.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Powell, sin acabarse de convencer.

—Necesitamos defendernos contra estos seres, Powell —dijo el director, muy serio—. Han atacado sin previo aviso, como puede leer en la información. Primero provocaron un enorme terremoto, al parecer mediante la explosión de una bomba atómica subterránea, para sembrar el pánico y hacer más espectacular su presentación. Luego, cuando los infelices buscadores de diamantes huyeron horrorizados, aparecieron ellos en escena, con sus naves, y empezaron la matanza sin previo aviso. Los Gobiernos tratarán de negociar, desde luego, pero lo más seguro será que tengamos que defendernos. La actitud inicial de los selenitas da a entender que no desean saber nada de negociaciones.

Charles Powell estuvo pensativo unos momentos, mientras el director iba exponiendo sus argumentos. De pronto, dijo:

—Mi hija está allí, en la Luna. La envió el periódico para no sé qué reportaje.

—¡Oh! Crea que lo siento, Powell. Y espero que no le haya ocurrido nada. Sin embargo, esto puede ser una razón más de la necesidad que tenemos de prepararnos.

Powell seguía pensativo.

—¡Invulnerables! —dijo, de pronto—. ¡Habitantes de la Luna!

Tomó de nuevo el periódico para mirar las fotografías.

—Son auténticas, Powell —le dijo el director—. No le quepa a usted duda.

—No pensaba en esto ahora —contestó el padre de Elaine—. Pensaba en…

Pero no se llegó a saber en lo que pensaba, porque en aquel momento empezaron a ocurrir cosas. En el patio central del establecimiento acababa de aterrizar una astronave. El acto de aterrizar en el interior del recinto estaba absolutamente prohibido, y al momento las fuerzas de policía del interior corrieron hacia el patio central para rodear la nave y detener a sus osados tripulantes.

No había llegado aún la policía, cuando se abrió la compuerta y de la nave empezaron a salir selenitas, armados con sus pequeños fusiles, y

disparando ya contra todos los que pretendían acercarse.

La alarma fue general. Salvo el profesor Powell, todo el mundo había visto ya las fotografías publicadas en los periódicos, y por ello, los que no cayeron bajo los primeros disparos supieron quiénes eran los que acababan de tomar tierra en la Ciudad Nuclear.

—¡Los selenitas! ¡Los selenitas! ¡Están aquí!

—¡Los selenitas invaden la Tierra!

No se trataba más que de una nave, pero el miedo era enorme. Y en la imaginación de los que huían a toda prisa, el mundo entero estaba ya lleno de naves selenitas, con sus diminutos personajes a bordo disparando sin cesar contra todo ser viviente.

A los selenitas parecía tenerles sin cuidado que la gente corriera o no. No les asustaba que fueran en busca de refuerzos. Pero, después de los primeros disparos, uno de ellos habló dirigiéndose a los policías que se acercaban arma en mano.

—Es mejor que no intenten nada —dijo, en inglés—. «Todavía» no venimos a invadir la Tierra. Quédense a distancia y no se muevan.

Los policías no supieron de momento qué hacer. Eran hombres disciplinados y tenían una consigna. Sin embargo, las circunstancias eran también excepcionales, y por lo que habían dicho los buscadores de diamantes no había posibilidad de abatir a tiros a los selenitas.

Resolvió la situación un oficial.

—No se muevan —dijo a sus hombres—. Nada ganaremos pereciendo aquí, pues ellos cumplirán de todos modos su cometido. Otros que están por encima de nosotros han de resolver la forma de defendernos.

Los «otros» eran, especialmente, los sabios del centro científico, a uno de los cuales —el profesor Powell— precisamente le estaban encargando en aquellos momentos que estudiase la forma de luchar contra los selenitas.

Dos de éstos, al ver la inmovilidad de los policías, se destacaron, siempre con los pequeños fusiles en las manos, dejando a sus compañeros que vigilaran la astronave, de un tamaño superior a las que habían empleado en la Luna en el momento del ataque.

Avanzaron hacia los policías, y uno de ellos, dijo:

—Buscamos a Charles Powell. Llévenos donde esté.

El policía miró a su jefe, quien hizo un gesto de asentimiento, diciendo:

—Si no les acompañas, te matarán, y nos matarán luego a los demás, sin posibilidad de defensa.

Momentos después, el policía y los dos selenitas estaban en el despacho del director de la Ciudad Nuclear. Allí estaba Charles Powell, habiendo interrumpido su conversación los dos hombres desde el momento de la llegada de la nave.

—¿Charles Powell? —preguntó el selenita que desde el primer momento había llevado la voz cantante.

—Soy yo, pero...

—Va a tener que venir usted con nosotros.

—¿Adónde? —preguntó Powell—. ¿Qué se figuran ustedes? ¿Que me voy a amoldar a esta farsa? Quiero que sepan que yo sospecho ya...

—¡Silencio! —le interrumpió el selenita—. ¡Ni una palabra más! Su hija está en la Luna, ¿no lo sabe? Espero que esto le baste para convencerle que ha de venir con nosotros sin decir nada. Absolutamente nada.

Charles Powell palideció.

—¿Acaso Elaine corre peligro? ¿Acaso la han secuestrado...?

—Es mejor que no quiera usted correr el riesgo. ¿Se decide a venir?

Charles Powell amaba a su hija en un grado superior al de la Ciencia. No podía exponerse. No podía correr el riesgo de decir lo que estaba pensando. Se le exigía una determinación rápida, y se le daba a entender que su hija estaba ya en poder de los selenitas.

—Está bien —dijo—. Voy con ustedes. Creo que tienen razón, es mejor.

El director dio un paso adelante, acercándose al padre de Elaine.

—Powell! —dijo—. ¿De verdad piensa usted marcharse con... esa gente?

—¿Supone usted que me podría oponer? —dijo, a su vez, Powell, con amargura. Señaló a la mesa, donde había quedado el periódico de las fotografías—. ¿No dice ahí que son invulnerables? Pues no nos podemos defender contra ellos. ¿Me ordena que me haga matar, señor director? Tal vez sería una solución.

—¡Usted no cree en la invulnerabilidad de los selenitas, Powell! —le contestó el director, aunque esto no tenía demasiado enlace con lo que acababa de decir el padre de Elaine—. ¡Usted no cree en ella y tendrá sus motivos! No es usted, de los que hablan porque sí.

—En estos momentos en So único que creo es en que he de elegir entre marcharme a la Luna con estos seres o ser volatilizado por las armas que empuñan. No me importa. ¿Qué me ordena usted que haga?

El director no sabía qué decir.

Los selenitas habían asistido impasibles a la escena, como si no se tratara de ellos. Como si ni siquiera se enterasen de lo que se estaba hablando allí. Pero en aquel momento uno dijo:

—¿Viene ya, profesor Powell?

Powell miró al director, como confirmando la última pregunta que le había formulado. Y el director hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, al tiempo que decía:

—Vaya, PoweIl Tiene usted razón, no podemos hacer nada por oponernos a las órdenes de los selenitas.

El padre de Elaine se encogió de hombros, y buscó el camino de la puerta.

—Cuando ustedes quieran —dijo a los selenitas.

Estos le siguieron en silencio. Llegaron al patio central, uniéndose a los que se habían quedado en vigilancia, y ante la estupefacción de los que contemplaban la escena, el profesor Powell pasó al interior de la nave.

Momentos después ésta empezaba a elevarse. Se llevaban a Powell a la Luna, lo cual explicaba por qué los selenitas se habían presentado con una nave de tamaño superior a las que usaban ellos habitualmente.

* * *

—Sí, he oído hablar de su padre —dijo Mark—. Se le cita como a uno de los más grandes hombres de ciencia de todos los tiempos.

A Elaine le agradó el elogio, y miró a Mark con una sonrisa muy amable.

—Siempre ha sentido una gran pasión por la ciencia —explicó.

Estaban aterrizando. Mediante los potentes focos de la nave, y volando muy cerca del suelo, Mark había podido descubrir una pistola atómica abandonada entre unas rocas. Una pistola de reglamento, perteneciente a la Policía del Espacio, y por tanto a uno de sus compañeros.

El y Elaine se pusieron los cascos y Mark, adoptando las mismas precauciones que anteriormente, se colgó del cinto sus dos armas, teniendo cuidado de llevarse un par de cargadores de repuesto para la metralleta de balas perforadoras.

Acto seguido salieron al exterior. Mark había dejado encendido uno de los grandes focos de la nave, para tener luz en las inmediaciones, y al mismo tiempo se había llevado una linterna de pila atómica.

—Aquí ha habido lucha entre mis compañeros y los selenitas —dijo, mientras se dirigía a recoger la pistola abandonada—. No hemos descubierto sus cadáveres, sin embargo.

—Lo cual nos demuestra que viven, tal vez prisioneros de los habitantes de la Luna —añadió Elaine.

—Sí, es posible — repuso Mark, pensativo—. Sólo que... no veo verdaderos signos de lucha. Creo que me he precipitado al llegar a una conclusión.

Ella preguntó:

—¿Qué signos esperaba usted encontrar?

—Tenga en cuenta, Elaine, que la lucha, si la ha habido, se tiene que haber desarrollado con armas atómicas. Algunos impactos habrían dado en las rocas. Por lo tanto, tendríamos que ver algunas desmenuzadas recientemente y se notaría su falta en los

emplazamientos. Nada de esto veo por aquí. No parece sino que la pistola se le ha caído a alguien mientras paseaba.

—Tal vez algo más lejos encuentre las señales que busca — sugirió ella.

Como hablaban a través de las pequeñas radios de sus cascos, no se habían dado cuenta de que se estaban alejando demasiado el uno del otro. Sobre todo Mark, deseoso de encontrar vestigios de lucha, se había separado en exceso de la nave.

Y de pronto su auricular captó un grito de angustia.

—¡Mark! ¡Están aquí! ¡Socorro! ¡Socorro!

La que gritaba era Elaine. Mark se había agachado para examinar una de las rocas, y se incorporó casi de un salto. Miró en torno.

—¿Aquí? —dijo—. ¿Dónde es? ¿Dónde está usted, Elaine?

Entonces la vio. Veinte pasos por lo menos le separaban de la nave, muy cerca de la cual estaba Elaine, y con ella cuatro o cinco selenitas que la cogían por los brazos y trataban de hacerla prisionera.

—¡Socorro, Mark! —repitió la joven.

—¡Estoy ahí al momento! —contestó el policía.

Empuñaba su metralleta, única arma que tenía cierta eficacia contra los selenitas. Sin embargo, dada la posición de éstos respecto a la joven, resultaba peligroso disparar, pues se exponía a llenar de balas el cuerpo de la periodista.

La distancia era de veinte pasos, pero la gravedad de la Luna, muy inferior a la de la Tierra, permitía salvarlos en un espacio mínimo de tiempo. Mark se lanzó a la carrera, dando saltos verdaderamente acrobáticos, y en un momento estuvo casi delante de Elaine y de los diminutos tipos que se la querían llevar.

¿Qué interés podían tener los selenitas en apoderarse de la joven? Mark no lo sabía aún, y en aquellos momentos no estaba para pensarlo. Lo único que tenía que hacer era ahuyentar de allí a los selenitas, de la manera más rápida que le fuese posible.

Los diminutos personajes tuvieron un modo de reaccionar muy poco en consonancia con la lógica. De haber sido hombres, por ejemplo, se

hubieran apretado junto a Elaine para que ella, con su presencia tan cercana, impidiese que Mark hiciera uso de su metralleta.

Pero en vez de esto soltaron a la joven y aprestaron sus armas para enfrentarse con Mark, circunstancia que la periodista aprovechó para ponerse fuera del área de tiro.

Los selenitas fueron a abrir fuego, pero el policía se les anticipó en décimas de segundo, apretando con furia el gatillo de la metralleta. Observó cómo los pequeños personajes retrocedían ligeramente al chocar las balas contra sus cuerpos, pero ninguno de ellos llegó a caer ni a demostrar que los tiros les habían hecho mella.

La historia se repetía. Las balas perforadoras no alcanzaban ningún órgano vital de los selenitas —ni siquiera secundario—, según se desprendía del modo de conducirse de éstos. Se les escaparon una vez más las armas de las manos, y al ver que Mark les tenía al alcance de las suyas, como en ocasiones anteriores, emprendieron la fuga.

—¡Ya escapan! ¡Los ha ahuyentado usted, Mark! —gritó Elaine, contenta.

—¡Pero esta vez no me basta con esto! —dijo el policía—. ¡Los quiero tener en mis manos! ¡Aunque no sea más que uno!

Y viendo que los selenitas escapaban, no haciéndole ya falta la metralleta, la tiró a un lado y se lanzó a todo correr en pos de los fugitivos.

—¡Recoja usted mi arma, Elaine! —gritó.

Y al mismo tiempo daba un formidable salto hacia adelante. Cayó casi encima de uno de los selenitas, y no tuvo más que empujar con fuerza para hacerle rodar por el suelo.

Los demás no se preocuparon de su compañero. Siguieron su carrera, ganando cada vez más distancia, hasta que se situaron fuera del radio de acción del foco de la nave, y se perdieron de vista.

Pero había quedado uno. Se alzó con la rapidez acostumbrada, pero sólo para recibir un impacto del puño de Mark, que lo volvió a hacer rodar por el suelo.

—¡Esta vez no te servirá de nada tu agilidad, amiguito! —exclamó el policía, al tiempo que se agachaba para cogerlo.

El selenita no contestó nada, pero agitó con violencia brazos y piernas para impedir ser atrapado. Mark pudo, sin embargo, cogerlo por una de éstas, y lo alzó en el aire con la misma facilidad y falta de cuidado que si se tratase de un muñeco.

—¿Te rindes? —le preguntó, empezando a hacerle voltear en torno a su cuerpo.

No recibió respuesta. El selenita, en aquellos momentos, parecía un verdadero pelele falto de vida y de voluntad.

—¿Te rindes? —repitió Mark—. ¡Habla! ¡Habla, o te estrellaré contra aquel montón de rocas! ¡Las circunstancias son extraordinarias y no tendré reparos en hacerlo!

Hubo el mismo silencio por parte del selenita. Mark no pudo contenerse más. Soltó el tobillo por el que tenía asido al selenita para voltearlo, y el habitante de la Luna, volando como una piedra lanzada mediante una honda, fue a chocar contra unas rocas.

En los auriculares de su casco, dispuestos para poder captar también los ruidos exteriores, Mark oyó el impacto del selenita al chocar contra las rocas. Un impacto que hubiera bastado para destrozar al hombre más robusto, haciéndolo caer muerto, o, por lo menos, falto de sentido.

Sin embargo, nada de esto sucedió. Apenas cayó al suelo, tras el formidable choque, se levantó con la rapidez a que Mark ya estaba acostumbrado a presenciar, y trató de continuar su interrumpida fuga.

Mark soltó un rugido.

—¿Es que son de goma estos seres? —preguntó, no supo a quién, pues nadie podía contestarle.

Pero había capturado a un enemigo, lo quería tener en su poder, y no estaba dispuesto a que se le escapase.

Cuando el selenita inició su nueva carrera, Mark dio un prodigioso salto que, ayudado por la inferior gravedad de la Luna, lo situó a espaldas del fugitivo como cuando lo había capturado por primera vez.

Alargó los brazos y los aprisionó entre ellos. La carrera del selenita terminó bruscamente, al ser alcanzado por los poderosos músculos del terrícola. Hubo un leve pataleo, pero Mark estaba atento, y no

consintió esta vez en que se le escapara su presa.

—¡No me causas lástima! —gritó el policía, para justificar lo que iba a hacer—. ¡Tú y tus compañeros habéis asesinado a centenares de hombres, sin compasión alguna y sin previo aviso, y por ello merecéis la muerte!

Lo tenía alzado en vilo, y con toda la fuerza de sus brazos lo tiró al suelo para estrellarlo contra las piedras. Era tal su decisión que, ni aun en el supuesto de que en aquel momento el selenita hubiera hablado para pedir gracia, Mark no se la hubiese concedido.

Pero el selenita no habló, y su cuerpo recibió un duro choque contra las rocas del suelo.

—¡Te lo mereces! ¡Te lo mereces! —gritó Mark, furioso—. ¡Y quiero ser el primer hombre que ponga fin a la sucia vida de un habitante de la Luna! ¡No tienes remisión!

Sin fijarse en si el selenita se movía o no, se agachó con toda rapidez para cogerlo de nuevo y repetir el golpe. Y así, varias veces, hasta que no pudo más. Hasta que sus brazos empezaron a acusar el cansancio de tanto repetir el mismo movimiento. El selenita caía, era cogido y alzado al aire para ser precipitado de nuevo contra el suelo, y así, como en un círculo vicioso, la operación se iba repitiendo una y otra vez.

Mark se interrumpió, para recuperar el aliento que empezaba a faltarle, y fue entonces cuando pudo comprobar que el selenita no se movía ya.

Lo había destrozado. Por lo menos interiormente, pues en el exterior el selenita no presentaba ningún signo de los golpes recibidos. Parecía intacto y, desde luego, en el suelo no se veía sangre ni nada que pudiera acusar la existencia de la menor herida.

Elaine se había acercado, asustada.

—¡Ha terminado usted con él! —dijo—. ¡Lo ha vencido, Mark!

—Creo que sí. Sin embargo, lo encerraré en uno de los depósitos de la nave. No quiero tener la sorpresa de que se levante de pronto y se vuelva a escapar.

No obstante, antes de cogerlo, para llevarlo a la nave según acababa de anunciar, Mark, en unión de la joven, examinó detenidamente lo

que parecía ser un cadáver.

El selenita yacía en el suelo como un pelele inerte y era, de hecho, la primera vez que se podía examinar con minuciosidad a uno de ellos, sin miedo de que atacara, y sin la posibilidad de que emprendiese repentina fuga.

Nada demostraba que el personaje que yacía allí hubiera sido anteriormente un ser vivo. Su piel, que normalmente presentaba un color amarillento, no había sufrido el más leve cambio de tono. Su expresión, salvo la fealdad habitual en los selenitas, no daba a entender que hubiera sufrido antes de morir. Su rostro presentaba el mismo aspecto impasible de antes de ser golpeado violentamente contra las piedras.

—Mire, Mark — hizo notar Elaine, señalando, a medida que hablaba —. Lleva el cuerpo lleno de balazos. Y, sin embargo...

—Sin embargo —completó Mark—, no hay sangre ni nada que se le parezca en ninguno de los impactos. Sólo los agujeros, demostrando que las balas se han clavado, penetrando un centímetro o dos en el interior del cuerpo. Curioso; muy curioso.

—¡Y se pueden seguir moviendo con el cuerpo así! —exclamó ella, asombrada —. ¡Es muy extraño!

—En efecto, es muy extraño —repitió Mark, dando por terminado el examen, y agachándose para coger el cuerpo del selenita—. Extraño y curioso al mismo tiempo.

—¿Qué conclusión saca usted de esto, Mark?

—Yo no soy un hombre de ciencia, y mi opinión no tiene ningún peso —contestó el policía —. Sólo le puedo decir que, modestamente, empiezo a temer que hemos sido engañados. ¡Terriblemente engañados!

Y sin dar más explicaciones, se dirigió a la nave con el cuerpo del selenita.

CAPÍTULO V

Los acontecimientos, desde el momento del terremoto que marcó la aparición de los selenitas, se habían sucedido con una rapidez asombrosa en el espacio y en el tiempo.

Los fugitivos de la Luna, los buscadores de diamantes que se habían negado a quedarse con Mark, habían necesitado muy pocas horas para llegar a la Tierra y dar sus informes, y la televisión y los periódicos tampoco habían necesitado demasiadas para propagar la noticia por todos los ámbitos del mundo.

Charles Powell había sido secuestrado a las ocho horas de haber dado señales de vida los últimos selenitas, y dos horas más tarde de haber salido él de la Tierra emprendieron la marcha hacia la Luna las primeras fuerzas militares que iban a combatir al nuevo e inesperado enemigo en su propio feudo.

Los Gobiernos de la Tierra se habían puesto en contacto rápidamente, y habían ultimado acuerdos de urgencia tendentes a disminuir el pánico en la población. Los selenitas serían combatidos en su propio astro evitando así, o retrasando, por lo menos, la invasión de la Tierra.

Los soldados que marchaban hacia la Luna, todos ellos voluntarios, tenían orden de entorpecer la acción enemiga a costa de los sacrificios que fuese, para que, mientras, en los grandes centros científicos de la Tierra se pudieran estudiar y preparar las medidas necesarias para un contraataque efectivo.

Por lo tanto, en el espacio de muy pocas horas, la Luna, hasta entonces olvidada, quedó convertida en un verdadero campamento militar. Los soldados, encerrados en tanques de coraza antinuclear, patrullaban por todas partes, dispuestos a todo, y sobrevolando las formaciones de carros otras de astronaves de caza, todas vigilantes y dispuestas a actuar al primer asomo del enemigo.

No obstante, en los primeros momentos no apareció absolutamente nadie. Las fuerzas terrestres se pasearon por la Luna como únicas dueñas, y hasta a algunos jefes les empezó a parecer ridículo aquel exceso de precauciones.

Pero, inesperadamente, los selenitas, actuaron. Una serie de truenos profundos, en determinadas regiones donde la concentración militar era mayor, fueron el primer aviso de su entrada en acción. Ahora se estaba ya seguro de que los truenos no eran terremotos, sino bombas atómicas subterráneas lanzadas por el enemigo. Siguieron una serie de

violentos temblores de tierra, con abertura de enormes brechas y, en algunas zonas, derrumbamiento de altísimas montañas que en la Luna no son más que enormes amontonamientos de rocas.

Fue un caos, pero sin el pánico que siguió al terremoto de cuando estaban aún los buscadores de diamantes. Tampoco sus consecuencias fueron tan funestas como en los primeros momentos. Se abrió el suelo y numerosos tanques fueron engullidos, pero sus tripulantes se limitaron a quedar momentáneamente aturdidos por la colisión, sin llegar a perder las vidas. En cuanto al derrumbamiento de algunas cordilleras, aunque se vieron grandes masas rocosas caer como terribles avalanchas, estaban demasiado lejos de la zona ocupada por los militares para que éstos pudieran sufrir consecuencias directas de la catástrofe.

Inmediatamente se procedió al intento de rescate de los tanques engullidos por ¡as grietas. Las radios funcionaban, y los tripulantes de los carros pudieron recibir las instrucciones precisas para lo que tenían que hacer.

Algunos de los tanques se hundieron a profundidades tan enormes que fue inútil pensar en su rescate. En estos casos, los soldados, provistos de modernísimos equipos de alpinismo, tuvieron que abandonar los vehículos y trepar por su cuenta por las paredes de las grietas.

Se pudo decir, pues, que el primer intento enemigo, aunque muy espectacular, había resultado un completo fracaso. Por lo menos, así lo pensaron los jefes de la expedición terrestre, aunque pronto se tuvieron que dar cuenta de su error. Pronto comprendieron que aquel primer intento enemigo no había sido más que el preámbulo, la preparación de lo que luego había de suceder.

Cuando todos los hombres estaban ocupados en los trabajos de salvamento; mientras los soldados de los tanques abandonados en las grietas trataban de ascender hasta la superficie y los que habían permanecido en ella, equipados con escafandras se disponían a recuperar los tanques que ofrecían posibilidades de ser salvados, en el aire aparecieron las primeras escuadrillas de naves selenitas.

Eran otra vez las pequeñas naves que habían atacado a los buscadores de diamantes en el momento de su fuga. Aparecieron de pronto, pasando a toda velocidad, disparando contra las escuadrillas terrestres y sembrando de bombas todo el espacio en el que actuaban las fuerzas de tierra en su trabajo de recuperación.

El primer caos lo habían provocado los terremotos, y ahora, el segundo, las explosiones de las bombas lanzadas a granel por las pequeñas naves selenitas. Los soldados no disponían ahora de los refugios de los tanques con protección antinuclear, pues la mayoría los habían abandonado, y muchos de ellos resultaron destrozados por el inesperado y traidor ataque.

Las escuadrillas de caza sufrieron algunas pérdidas, y las naves restantes se prepararon para responder a la agresión de los selenitas. Pero las navecillas de éstos eran sumamente veloces y, limitándose a aquella mortífera pasada, se perdieron luego a toda marcha por el horizonte, desapareciendo en la zona oscura de la Luna y sin que las escuadrillas terrestres tuvieran posibilidad de alcanzarlas.

Mientras, el terreno se había hecho propicio para la actuación de la infantería. Las enormes y anchas grietas y los boquetes abiertos por las bombas atómicas imposibilitaban la actuación de los tanques que se habían salvado de la catástrofe. Y los selenitas con sus pequeños fusiles atómicos empezaron a aparecer.

No se trataba de ningún Ejército numeroso. Iban en pequeños grupos de veinte unidades todo lo más, separado un grupo de otro para abarcar mayor radio de acción, y empezaron a disparar sus armas contra los soldados que habían tenido que abandonar los tanques.

Se reprodujo la lucha que había tenido lugar contra los buscadores de diamantes. Los soldados replicaban al fuego selenita, pero al ver que sus blancos no tenían ninguna efectividad, tuvieron que desistir de su empeño en abatir enemigos y buscar su propia salvación parapetándose donde les era posible.

La desmoralización era inevitable. Se puede luchar contra un enemigo muy superior en número, siempre que se le produzcan bajas y se vea la posibilidad de mantener una resistencia más o menos efectiva. Pero en el caso de los selenitas las bajas eran exclusivamente de combatientes terrestres y éstos empezaron a pensar en la posibilidad de abandonar la Luna.

Los mismos mandos no se atrevían a ordenar nada, comprobada ya la imposibilidad de emprender ninguna acción efectiva contra el enemigo. Se tuvo que pensar en una evacuación general, y a través de las potentes emisoras que habían sido desembarcadas se establecieron los primeros contactos con la Tierra para confesar la impotencia propia y pedir nuevas instrucciones.

Los selenitas eran pocos, pero se estaban haciendo dueños de la situación. Tal como estaban las cosas, si se decidían a emprender un ataque contra la Tierra, tenían asegurada la victoria por anticipado.

* * *

Mark Teller había guardado el cadáver del selenita vencido en uno de los depósitos de su nave. Elaine Powell, su improvisada compañera de aventuras, le había formulado algunas preguntas, pero el joven policía había contestado a todas ellas con vaguedad.

—Yo no soy un hombre de ciencia, Elaine. Mi punto de vista sobre la situación es exclusivamente policíaco.

—Pero, ¿por qué se ha quedado con el cadáver del selenita?

—Para llevarlo a la Tierra y someterlo a examen científico... si es que puedo regresar a la Tierra. No le ocultaré que nuestras posibilidades son cada vez menores, Elaine. Pudo usted marcharse a tiempo y no lo hizo. Tal vez aún lo podría hacer.

—Sigo tan decidida a quedarme como cuando tomé la decisión —dijo ella, resuelta.

—No olvide que le advertí que al emprender una acción no tendría en cuenta el peligro que corriese usted.

—¿Qué acción piensa emprender ahora, Mark?

—Supongo que la más peligrosa. Tengo el deber de intentar el rescate de mis compañeros, que, según todas las apariencias, están en poder de los selenitas.

—¿Lo dice por la pistola que hemos encontrado abandonada?

—Esa pistola la pusieron allí los mismos selenitas, al vernos reconocer el terreno, para obligarnos a aterrizar. Fue una trampa con intención de capturarnos, aunque el resultado ya lo ha visto usted.

—¿Y ahora?

—Ahora he de continuar, Elaine. Estamos en la parte de la Luna más lejana de los lugares donde se han producido las conmociones. Aquí,

el terreno no se ha visto afectado por terremotos ni luchas, y esto me hace suponer que es donde se deben de encontrar las bases enemigas.

—Pero usted solo no se podrá enfrentar con todos los selenitas, Mark. Piense en lo que ha costado acabar con uno de ellos.

—Por eso le he dicho antes que mis posibilidades de regresar a la Tierra eran mínimas. No obstante, cuando emprendo una acción tengo en cuenta mi deber y no el peligro, Elaine. He de descubrir las bases enemigas, he de liberar a mis compañeros y he de detener al principal organizador de todo esto.

—Está bien. Yo me he aliado con usted y le secundaré en todo lo que pueda —afirmó la joven.

La resolución estaba tomada y no había más que llevarla a la práctica. Los dos jóvenes abandonaron la astronave, teniendo cuidado Mark de apagar los focos para que su presencia no llamase la atención. Se haría creer al enemigo que se habían marchado de allí a oscuras para no ser vistos.

Mark dotó a Elaine de una pistola atómica y una metralleta de balas perforadoras, lo mismo que él.

—Pueden serle necesarias estas armas —fe dijo—. Ya sabe que la metralleta es hasta ahora la que se ha mostrado más eficaz en la lucha contra los selenitas.

Salieron de la nave y emprendieron la marcha a pie en dirección a las alturas más próximas. Además de las armas, Los dos jóvenes iban provistos de sendas linternas, que empleaban de vez en cuando para orientarse en la oscuridad.

—Tengo idea de que las bases selenitas han de tener acceso por alguno de los grandes cráteres — dijo Mark—. Desde una altura nos será más fácil advertir sus movimientos y localizar el cráter en cuestión.

Ella objetó:

—Pero a oscuras…

—Desde luego, si entran o salen a oscuras no nos enteraremos de nada —convino el policía —. Pero confiemos que en algún momento emplearán luz, por poca que sea, y esto nos permitirá orientarnos.

Transcurrieron por los menos dos horas sin que se advirtiera el menor movimiento. Los dos jóvenes, en su observatorio, parecían los dos únicos seres vivientes en aquel fantástico acumulamiento de rocas y hasta en la totalidad del satélite terrestre.

Pero al cabo de este tiempo la situación varió. Lejos, y a gran altura, se vio una luz en movimiento. Una luz que avanzaba rápida hacia la zona donde se encontraba la pareja de observación.

—Una nave...—murmuró Elaine.

—Sí —contestó Mark—. Viene hacia aquí. Esperemos a ver si aterriza.

—¿Será selenita?

—Lo sé igual que usted, Elaine. Cuando se pose, si se posa, saldremos de dudas.

Al acercarse al sector donde estaban los dos jóvenes, la luz empezó a descender, lo cual probaba que la nave se disponía a aterrizar.

—¡Atención! —dijo Mark—. Estemos preparados para abandonar el observatorio y dirigirnos al lugar donde aterrice la nave. Absténgase por completo de encender la linterna, Elaine. Nuestra proximidad no ha de ser denunciada.

—De acuerdo.

Ambos empezaron a descender de la altura rocosa en la que se habían refugiado, emprendiendo la dirección que señalaban las luces de la nave.

—No hay mucha distancia —dijo Mark—. En menos de un cuarto de hora la habremos salvado.

—¿A qué habrán venido aquí? —preguntó Elaine intrigada.

—Es posible que lo sepamos cuando hayamos establecido contacto. Ahora no pensemos más que en avanzar.

Pero entonces ocurrió algo, La nave se había ido aproximando a tierra lentamente, como para aterrizar. Pero de pronto Mark y Elaine se dieron cuenta de que no se detenía a ras del suelo, sino que seguía descendiendo hasta desaparecer bajo el mismo, como si se hubiese abierto para engullirla.

Elaine fue la primera en hablar.

—¡Mire, Mark! ¡Ha desaparecido! ¡No sabremos a quién pertenecía esa nave ni quiénes la tripulaban!

—Pero hemos sabido algo que vale mucho más, Elaine. ¿No se da cuenta?

—Pues no…

—¡La nave ha desaparecido por un agujero abierto en el suelo! Por lo tanto, hemos de suponer que aquí mismo está la entrada a una de las bases de los selenitas.

—Es cierto. Luego la nave era selenita.

—Esto es lo que importa menos ante el descubrimiento que acabamos de efectuar. ¡Adelante, Elaine! ¡Tenemos la base enemiga al alcance de la mano!

Estaban de nuevo en la llanura pedregosa. La nave había desaparecido, pero Mark se orientaba por el lugar donde había visto su luz por última vez, y no se equivocaba de dirección. Por el conjunto de sombras que les rodeaban el policía se dio cuenta de que se dirigían a un gran foso en forma de cono invertido, en cuyo extremo, o sea en la parte más profunda, se abría la boca de un enorme cráter.

Aquello era la entrada. Por aquel cráter habían salido sin duda las pequeñas naves selenitas, transportando a los esmirriados personajes invulnerables a todo lo que no fuesen golpes violentos contra las propias rocas del suelo. El tesón de Mark se veía finalmente recompensado, y quizá dentro de pocos minutos tendría oportunidad de penetrar en el mismo corazón del territorio enemigo.

Se detuvo con Elaine junto al borde de la pendiente del cono.

—Usted puede esperarme aquí —le dijo—. Esté alerta, con la metralleta preparada, para evitar cualquier sorpresa. Concédame un tiempo prudencial, pongamos un par de horas. Si una vez transcurridas no doy señales de vida, regrese a la nave y emprenda el camino de la Tierra. Yo habré fracasado, pero usted podrá facilitar datos muy importantes que ayudarán a poner fin a esta locura.

—En este momento la mayor locura es seguir adelante y penetrar en esa ratonera —contestó Elaine—. Pero yo he empezado la aventura con usted y estoy dispuesta a acompañarle hasta el fin. No espere que me quede.

Mark masculló una imprecación y empezó a descender también, tardando poco en alcanzar a la joven. Momentos después los dos estaban junto a la misma boca del cráter.

Este tenía anchura suficiente para que a través de él pudiera pasar una aeronave de tamaño mediano. En cuanto a profundidad, resultaba imposible saberlo a causa de la falta de luz.

—No sé si será arriesgado encender aquí la linterna —comentó Mark.

—¿Vacilaciones en estos momentos? —dijo Elaine en tono de burla —. ¡Vaya! No le reconozco a usted.

—El valor no está reñido con la prudencia —contestó el policía, casi serio—. Sin embargo, hemos de elegir entre quedarnos en la boca del cráter o ver qué hay en su interior,

Y sin pensarlo más encendió la linterna y dirigió el chorro de luz hacia las profundidades en forma de pozo que presentaba la boca del cráter.

Si los dos terrícolas que estaban allí habían esperado ver algo extraordinario se llevaron una decepción. El interior del cráter no presentaba ninguna particularidad, salvo que era muy profundo. Pero todo él estaba bordeado de rocas, lo mismo que cualquier otro de los numerosísimos que se abrían en el suelo lunar.

Llegaron al fondo sin haber tenido el menor incidente. Allí el agujero parecía terminar bruscamente, sin presentar, como en el caso de otros cráteres, conductos que se perdían hacia el interior del satélite.

—Una verdadera decepción —dijo Elaine.

—Al contrario —objetó Mark—. El hecho de que no aparezca aquí ningún camino me hace sospechar que los que había han sido cerrados expresamente.

Encendió la linterna y examinó las rocas con más detención. Le pareció que una de ellas no estaba muy sólidamente apretada con las demás y, sosteniendo la linterna con una mano, empujó la roca con la otra.

—Creo que por aquí encontraremos paso —dijo.

Y, en efecto, la roca cedió con suavidad, girando a un lado, hacia adentro, como si fuese una puerta. Mark apagó la luz, pero mostró el hueco a Elaine.

—¿Qué le parece? —dijo.

—Que da gusto ir por el Universo en compañía de un detective —contestó la joven —. Pero, bien, ¿hemos de meternos por aquí? Me parece un poco... arriesgado.

Por toda respuesta, Mark empezó a adentrarse en el túnel. Elaine le siguió, y al cabo de unos momentos se encontraron los dos en la oscuridad más absoluta.

Iban tanteando las paredes con las manos para comprobar si e! pasillo se ensanchaba o continuaba igual como al principio. De momento, seguía siendo estrecho, como en su punto inicial. Pero de pronto Mark, que iba delante, se dio cuenta de que sus manos no tocaban ya la pared rocosa. Había sido un cambio brusco, lo que daba a entender que el pasillo desembocaba en una sala subterránea.

Se detuvo y dijo a Elaine:

—¡Cuidado! Se terminó el pasillo. Temo que ahora no tendremos más remedio que encender la luz.

Y en aquel mismo momento oyeron a sus espaldas, al otro extremo del pasillo, un ruido seco como el de una puerta que se cierra bruscamente. ¡La roca que hacía las veces de puerta! ¡La roca se había cerrado, movida por algún resorte! ¡Habían quedado prisioneros en el interior de la gruta!

—¿Qué... qué ha sido eso? —preguntó Elaine, aunque no tenía la menor duda.

—Supongo que la puerta —contestó Mark—. No me coge de sorpresa, después de todo.

—Y... ¿no vamos a poder salir ahora?

—Es posible que salgan, pero no vivos —contestó una voz. Una voz que no era la de Mark, de alguien que hablaba sin escafandra, pues había sido captada por la pequeña antena del casco de Elaine, y también por la del policía.

La joven soltó un pequeño grito de espanto.

—¡Un selenita! —dijo—, ¡Otra vez estamos frente a los selenitas!

Y en aquel momento, bruscamente, la estancia se iluminó. Mark y

Elaine se vieron en una cueva de no demasiado grandes proporciones, en cuyo techo había tubos de luz fluorescente. Los había encendido sin duda la misma mano que había movido el mecanismo de la puerta.

Y frente a ellos, frente a Mark y Elaine, empuñando una pistola atómica que les apuntaba a ambos, vieron a un hombre. No un diminuto selenita, a cuya presencia estaban ya acostumbrados, sino un hombre» Un terrícola; un ser semejante a ellos, que dejaba ver una sonrisa de burla ante la sorpresa de los dos jóvenes por haberle encontrado allí.

CAPÍTULO VI

Quien es usted y qué hace aquí? —preguntó Mark, pasado el primer momento de sorpresa.

Lo que contestó el hombre nada tenía que ver con la pregunta.

—No se muevan. El menor gesto hostil por su parte significaría la muerte para los dos.

Se siguieron mirando unos momentos en silencio, y fue el desconocido quien volvió a hablar.

—Quítense las armas que llevan en el cinto —dijo—. Con cuidado, y déjenlas caer al suelo. Luego hablaremos.

Mark se encogió de hombros resignadamente.

—Bien —dijo—. Parece que gana usted. No podemos hacer otra cosa más que obedecer. Le recomiendo que me imite, Elaine.

Y se llevó la mano al cinto para tomar la pistola atómica que pendía de un garfio.

—¿Para esto hemos venido aquí? —dijo Elaine en tono de reproche—. ¿Para dejarnos coger en la primera revuelta del camino?

—Las circunstancias son las que mandan siempre, Elaine —le contestó Mark, cuyo acento era resignado—. Si cree usted que podemos hacer otra cosa, dígamelo.

La sonrisa del desconocido se acentuó y sus ojos se posaron en Elaine, esperando sin duda la ocurrencia que iba a soltar la joven.

Lo que no esperaba aquel personaje fue lo que ocurrió en realidad. Mark había tomado su partido. Fingía sometimiento para dar mayor confianza a su enemigo, pero estaba alerta al menor descuido para aprovecharlo en su favor.

Y el descuido del desconocido se produjo cuando miró a Elaine, esperando que la joven dijera sí a su modo de ver existía alguna otra salida para la situación. Mark lo vio desviar la vista ligeramente. Tenía en aquel momento su pistola atómica en la mano para tirarla al suelo según la orden recibida, pero en vez de esto la tiró con violencia y en rápido ademán en dirección a la cabeza del desconocido.

Este vio venir el arma hacia sí y quiso rectificar su breve descuido, pero era ya demasiado tarde. Pudo hacerse a un lado para evitar el choque del arma contra su rostro, disparando al mismo tiempo en dirección a Mark. Pero el policía no se había quedado inmóvil esperando la reacción del otro, sino que había saltado ya lateralmente, en dirección a donde estaba Elaine, y el disparo atómico de su enemigo no tuvo otro efecto que pulverizar algunos fragmentos de roca a espaldas del policía.

Al mismo tiempo, Mark saltó adelante, aprovechándose de la facilidad que le daba la menor gravedad de la Luna. Saltó adelante, yendo a parar junto a su desconocido enemigo, y le asió fuertemente el brazo para impedirle un segundo disparo, que hubiera podido resultar fatal.

—¡Las circunstancias mandan siempre! —dijo, retorciéndole el brazo para obligarle a soltar el arma—. ¡Antes ordenaba que le obedeciésemos a usted, pero ahora le mandan a usted que me obedezca a mí! ¡Suelte el arma!

El hombre dejó escapar un grito de dolor, y tuvo que abrir ¡a mano ante la fuerte presión que sobre su muñeca ejercía la de Mark. La pistola atómica que empuñaba rebotó contra el rocoso suelo.

Sin embargo, el enemigo de Mark no quiso darse tan pronto por vencido. Dio un fuerte tirón hacia atrás y consiguió desprenderse de la férrea tenaza que le oprimía. Entonces se preparó la lucha cuerpo a cuerpo.

Mark no le esperó. Fue él quien dio unos pasos hacia adelante, yendo a! encuentro de su enemigo, y antes de que éste tuviera tiempo de reaccionar, sobre su rostro, pecho y flancos, llovió una verdadera

granizada de puñetazos, que culminaron en otro a la mandíbula que casi levantó en vilo al desconocido para hacerle caer pesadamente al suelo a continuación. Todo en escasísimos segundos, y sin que el enemigo de Mark hubiera tenido tiempo ni posibilidad de colocar un solo golpe.

Mark se quedó en pie, respirando un poco fatigosamente, y se empezó a quitar el casco de la escafandra.

—Puede quitárselo también, Elaine —dijo a la joven—. Aquí se respira oxígeno puro.

La joven obedeció y ambos cascos quedaron colgados en los cintos de los respectivos trajes del espacio.

—Pero… ¿cómo es posible? —preguntó Elaine, que apenas se había repuesto de su primitivo asombro. ¿Qué hacía ese hombre aquí? ¿Está con los selenitas?

—Creo que sería más correcto decir que los selenitas están con él, Elaine.

—¿Qué quiere decir? No le comprendo

—No hace falta comprender ahora —repuso Mark. Lo importante es no perder la ventaja inicial. Hemos conquistado ya la primera posición enemiga…

Mark echó un vistazo más detenido al lugar donde se encontraban. La gruta era más o menos circular y sus salidas daban al pasillo por el que habían llegado Mark y Elaine, y dos puertecillas situadas al lado opuesto. Mark las señaló.

—Tendremos que buscar en esa dirección —dijo—. Es un poco arriesgado, pero no hay más remedio.

—¿No esperamos a que vuelva en sí ese hombre?

—Necesitamos ganar tiempo —dijo Mark—. Cuanto más nos aprovechemos de la sorpresa inicial, tanto mayores serán nuestras posibilidades de victoria. Quizá los compinches de ese hombre no saben aún que ha sido derrotado.

—Tiene usted razón, Mark.

—La única contrariedad es que tenemos dos puertas ante nosotros y

que necesitamos elegir bien desde el primer momento.

Pero la elección no dependió de ellos. En aquel momento se abrió una de las puertas, la de la izquierda, y aparecieron dos selenitas armados con sus pequeños fusiles. Mark y Elaine estaban alertas y los vieron al momento.

—¡Fuego! —gritó Mark.

No había terminado aún la breve palabra, cuando su metralleta se había puesto a crepitar, y las balas rebotaban ya contra cuerpos, brazos y armas de sus dos enemigos.

Elaine le imitó, con un segundo de intervalo, y los selenitas, que se mostraban algo más estúpidos que de ordinario, se dejaron arrancar los fusiles a fuerza de balazos, sin iniciar ningún movimiento para recuperarlos.

—¡Basta, Elaine! —ordenó Mark —.. ¡Recoja usted sus armas y yo me encargaré del resto!

Corrió hacia los selenitas, que estaban casi inmóviles. No se apartaron al llegar él, ni hicieron nada para esquivar los dos culatazos que, con toda furia, Mark descargó sobre sus cabezas.

Y contra lo que era habitual, bastaron estos dos golpes para que los selenitas rodaran por el suelo, sin volverse a levantar, quedando tendidos como peleles.

—¡Caramba! —no pudo por menos que exclamar Elaine—. ¡Están perdiendo facultades!

Y se apoderó de los dos fusiles, de acuerdo con la orden de Mark, para evitar una inesperada reacción de sus enemigos. En el cinto llevaba también colgada la pistola del hombre que los había detenido al entrar en la gruta, de modo, que apenas podía moverse ya con tantas armas.

En cuanto a Mark, una vez hubo eliminado a los dos selenitas de modo tan contundente, se lanzó a! interior de la habitación de donde ellos habían salido.

Llevaba la metralleta a punto de disparar. Antes de ver qué había allí notó movimiento de gente que sin duda trataba de escapar más hacia el interior al haberse percatado de la derrota de los dos selenitas.

—¡Sean quienes sean los que están ahí, ríndanse en nombre de la Ley!

—gritó Mark»

Y penetró rápido en la habitación.

Allí había también luz, y Mark pudo ver a cuatro o cinco hombres. Al fondo, otra puerta hacia la que los hombres se dirigían, sin hacer caso de la conminación del policía.

—¡Quietos! —gritó Mark—, ¡Quietos o disparo!

Y en aquel momento la luz de la estancia se apagó. Simultáneamente se apagó también la de la gruta exterior, de modo que Mark se encontró totalmente a oscuras.

Hubiera podido empezar a disparar, seguro de que no se habría perdido ninguna de sus balas, pero Mark no era capaz de disparar contra unos hombres que en realidad no le ofrecían una verdadera resistencia armada.

Estaba prácticamente metido entre ellos. Alargó la mano izquierda y pudo coger a uno por el hombro, tratando de detenerle.

—¡No se muevan! —repitió—. ¡No les valdrá de nada! ¡De todos modos, el peso de la Ley acabará cayendo sobre ustedes!

El hombre a quien Mark había cogido hizo un movimiento brusco y se pudo desasir. Otro lo golpeó en la cabeza. Mark pudo comprobar que el golpe procedía de lado distinto y que no podía ser el mismo hombre el que le pegaba. Entonces oyó una voz:

—¡Quizás ahora lo consigamos! ¡Todos contra él! ¡La oscuridad nos da ventaja a nosotros!

Mark seguía pensando que con sólo apretar el gatillo de la metralleta haría allí una verdadera carnicería. Pero seguía dominándole la convicción de que él era un policía y no un asesino a mansalva, y cuando hubiera podido cambiar de idea fue ya tarde, porque una mano que se agarró con fuerza a su arma dio un tirón violento y se la arrebató sin que él pudiera impedirlo.

—¡Le he desarmado! ¡Todos contra él! —gritó una voz.

Y los golpes arreciaron contra su cuerpo. Mark estaba seguro de que, a pesar de todo, nadie dispararía, porque el que lo hiciera se exponía a dar muerte a sus propios compañeros. Por lo tanto, se dispuso a luchar a brazo partido, esperando sacar alguna ventaja de la situación.

Sus brazos se movieron como un molinete, y los de sus enemigos dejaron de alcanzar su cuerpo. En la oscuridad en que tenía lugar la lucha no se oía ahora más que la fuerte respiración de los combatientes y los secos impactos de los puñetazos de Mark.

Alguien soltó un gemido de dolor y pareció que un cuerpo se desplomaba. Mark pensó que ninguno de los golpes que él pegaba se perdía, mientras que sus enemigos se habrían atizado más de una vez unos a otros en aquella lucha entre tinieblas. Las ventajas, por lo tanto, estaban para él.

Sus adversarios se dieron también cuenta de esto, y viendo al mismo tiempo que nada estaban sacando de aquella pelea salvo recibir golpes y más golpes, uno de ellos, gritó:

—¡Basta ya! ¡No perdamos más tiempo! ¡Salgamos de aquí!

Mark notó que dejaban ya de pelear y que emprendían la marcha hacia la puerta del fondo, al otro lado de la cual, al parecer, tampoco había luz.

—¡No escaparéis! —gritó, lanzándose detrás de ellos y alargando los brazos para ver si le era posible coger a alguno—. ¡No escaparéis! ¡Alguno quedará en mi poder!

Pero tuvo desgracia. Inesperadamente tropezó con un hombre que yacía en el suelo, sin duda el que había oído caer, y perdiendo el equilibrio cayó a su vez de bruces, atravesado sobre aquel individuo.

No permaneció mucho tiempo en el suelo. Se levantó lo más rápido que le fue posible, pero ya era tarde. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse tras el último de los hombres que la habían cruzado.

Soltó una exclamación de disgusto.

—Me han fastidiado —dijo—. No será fácil derribar esa puerta, supongo.

Se agachó para palpar con las manos el suelo en busca de su metralleta y de la linterna, que se le había caído también con la lucha.

—No obstante —repuso—, aquí ha quedado uno de ellos. Y otro, al que he tumbado antes de entrar. Si seguimos así, poco a poco iré acabando con todos.

Su mano palpó la linterna. Oyó la voz de Elaine a la entrada de

aquella habitación, que decía:

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¡Mark! ¡Mark!

—¡Estoy aquí, Elaine! ¡De momento no hay peligro!

Hizo funcionar la linterna y la estancia quedó iluminada. Era una habitación de paso, que podía servir para vigilar la gruta de entrada al recinto, y en la que no había nada salvo un cuadro de mandos en el muro, seguramente para dar las luces y abrir la puerta de salida al exterior.

Elaine acabó de entrar.

—Ha tumbado usted a otro —dijo al ver al hombre que yacía, ladeado con el rostro pegado al suelo.

—Es un trabajo de paciencia —contestó Mark, casi contento—. Espero que entre éste y el de ahí fuera nos aclaren algunas cosas.

—Pero... ¡Dios mío! ¡Yo no comprendo nada, Mark! ¿Es posible que estos hombres actúen a favor de los selenitas?

Mark movió al hombre del suelo para poderle aplicar sobre el rostro la luz de la linterna.

—Cuando les hagamos hablar se enterará de cosas muy interesantes, Elaine —dijo.

Pero Elaine no prestaba ya atención a sus palabras. Miraba al rostro del hombre tendido en el suelo, ahora bajo el foco de la luz de la linterna de Mark, y Se acababa de reconocer.

—¡Papá! —exclamó de pronto—. ¡Oh! ¡Papá! ¡Papá! ¿Es posible?

Aquel hombre era Charles Powell, el científico a quien los selenitas se habían llevado pocas horas antes de la Ciudad Nuclear de California.

* * *

Al oír la exclamación de Elaine, Mark reconoció también al hombre. La fotografía de Charles Powell había aparecido varias veces en revistas científicas y en periódicos, y ahora Mark sabía por qué aquel

rostro le había sido familiar.

Olvidándose de todo, y con lágrimas en los ojos, Elaine corrió a arrodillarse al lado de su padre, para sostenerle en sus brazos.

—¡Papá! ¡Papá! —exclamó de nuevo—. ¡Oh, Dios mío! ¿Le habrán...?

—No tema —se apresuró a decir Mark—. No está ni siquiera herido. Ha perdido el conocimiento a causa del golpe. Lo siento. Sin duda he sido yo quien le ha pegado.

—Pero ¿cómo es posible que papá esté aquí, en la Luna? ¡El no se mueve nunca del centro nuclear! ¡No comprendo nada!

—Ya le he dicho que iba a saber muchas cosas, Elaine. Siento que su padre esté metido en ellas. Lo siento sinceramente, porque, aunque sólo hace horas que la conozco, Elaine... En fin, le quiero decir que por encima de todo, yo he de cumplir con mi deber.

Charles Powell empezó a moverse. Abrió los ojos y los volvió a cerrar al momento, quizá porque se consideraba víctima de una pesadilla al verse sostenido por los brazos de su hija.

—¡Papá! —volvió a gritar Elaine—. ¡Soy yo, papá! ¡Elaine!

—Elaine... —murmuró el científico, volviendo a abrir los ojos. Miró en torno y vio a Mark con los distintivos de la policía en su traje de espacio. Y repuso —: Entonces... ¿no estás en peligro?

Mark se había puesto en pie y se acercó al grupo formado por el padre y la hija. Ayudó a Elaine a levantar a Powell, y mientras lo hacía dijo:

—Lo siento, señor Powell, porque el deber es a veces duro de cumplir. Pero yo no tengo más remedio que hacerlo. Le detengo, en nombre de la Ley, acusado del crimen de esa Humanidad. Usted ha colaborado en esa farsa trágica de los falsos selenitas, que ha costado ya gran cantidad de vidas humanas, y que, si no se le pone coto, amenaza con costar todavía muchas más.

Powell no contesté, pero Elaine So hizo, mirando estupefacta a Mark.

—¿Falsos selenitas? —preguntó—. ¿Habla usted de falsos selenitas, Mark? ¿Entonces, esos seres pequeños...? ¡Oh! —recordó de pronto la trágica realidad — . ¡Pero no es posible! ¡Yo no puedo creer que papá tenga nada que ver con los selenitas!

—Esos seres pequeños, Elaine —dijo Mark con gravedad, casi en tono solemne—, no tienen ni siquiera la categoría de seres. No son más que unos muñecos. «Robots». «Robots», como otros que ha visto usted en la Tierra, aunque más perfeccionados.

Y su brazo acusador se tendió, señalando a Powell.

—¡«Robots» creados por hombres de ciencia como usted, señor Powell —repuso—, y manejados para fines inconfesables!

* * *

El asombro de Elaine aumentaba por momentos. Casi se estaba olvidando de la terrible acusación que Mark había formulado contra su padre, y sólo pensaba en aquel momento en la terrible revelación que acababa de hacer Mark.

—¿«Robots»? —preguntó—. ¿Quiere usted decir que esos selenitas, esos personajes contra los que hemos luchado, a uno de los cuales tanto le costó a usted vencer, no son más que «robots»?

—Esto quiero decir, Elaine —contestó Mark—. Y fue precisamente al capturar al que usted se refiere, cuando se despertó en mí la sospecha. Yo entiendo poco de ciencia, pero comprendí al momento que aquel individuo al que aparentemente maté en combate, no era ni había sido nunca un ser vivo. Su rostro de plástico no había sufrido la menor alteración en la lucha. Sus heridas no eran más que agujeros como los que se pueden hacer en cualquier clase de materia inorgánica. Por esto lo dejé en la nave. Esperaba llevarlo a la Tierra para que los científicos de allí lo estudiasen.

Elaine escuchaba, verdaderamente aterrada.

—¿Es cierto esto? —preguntó, y lo mismo podía dirigirse a Mark que a su padre.

Pero fue Mark quien contestó, prosiguiendo:

—Lo es, Elaine. Esta idea diabólica de los últimos selenitas germinó en la mente enfermiza de algunos hombres, que se aliaron para llevarla a la práctica. Repito que yo no entiendo de ciencia. Sin embargo, no puede estar más claro. Construyeron esos «robots», cuyas piezas sin

duda se fabrican en esta misma caverna donde nos encontramos, y en el plástico que les había de dar apariencia de seres vivos mezclaron un material antinuclear que los hace desintegrabas. Los dirigen por radio o quizá son tan perfectos que poseen una autonomía de acción desconocida, hasta ahora, pero respondiendo siempre a un mecanismo, no a un cerebro.

—¡Dios mío! —exclamó Elaine, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Estudiados en pleno movimiento y teniendo en contra el posible pánico por su presencia o la necesidad de defenderse de ellos, no es fácil prestar atención a ciertos detalles. Sus constructores tuvieron esto en cuenta, sobre todo, el pánico. Pero yo pude examinar uno, después de haberle roto no los huesos del cráneo o el espinazo, sino simplemente el mecanismo que llevaba en su interior. Fue entonces cuando empecé a adivinar.

Powell escuchaba en silencio, con aspecto muy impasible. Elaine, en cambio, había palidecido mucho. Parecía que se iba a desmayar. Pero Mark prosiguió:

—No sé todavía cómo se empezó la fabricación de todos esos muñecos. Pero ahora está claro para mí que cuando se consideró tenerlo todo a punto se quiso hacer una prueba. Los «fabricantes», antes de lanzar su producto al mercado, quisieron probar el material y atrajeron a la Luna a un número considerable de personas. Los infelices buscadores de diamantes. Corrió la voz de que había diamantes en la

Luna para que esto se llenara de gente y poder lanzar sobre ella a los supuestos selenitas...

Mark se interrumpió, porque en aquel momento se dio cuenta de que a Elaine le estaban fallando las piernas y estaba próxima a desmayarse.

—¡Elaine! —gritó, dando un salto hacia ella, para tratar de sostenerla.

Pero Charles Powell llegó antes.

—¡Se ha desmayado! —exclamó Mark—. Supongo que la culpa es mía. Le he estado pintando el cuadro demasiado a lo vivo...

—Ha dicho usted la verdad, joven —dijo escuetamente Powell —. Y le felicito por su clarividencia, mucho más tratándose de un profano.

Pero no es a causa de sus palabras que se ha desmayado mi hija.

—Entonces...

—Es por el gas. ¿No lo nota? —dijo Powell —. ¡Esta habitación se está llenando de gas soporífero! ¡Si no tenemos medios de superarlo, dentro de unos momentos nos habremos desmayado también usted y yo!

CAPÍTULO VII

Pregunto Mark, alarmado:

—¿Gas? ¿Qué podemos hacer para contrarrestar sus efectos?

Y de pronto se acordó.

—¡Cielos! ¡Llevo colgado del cinto el casco escafandra y pregunto qué se puede hacer! —dijo. Basta ponérselo a Elaine...

Powell ya había cogido a la joven en brazos.

—Le conviene antes respirar un poco de aire puro, y el de la gruta es reproducción exacta del de los mejores parajes de la Tierra —dijo—. Dejémosla fuera un momento, y ella misma se recobrará.

Cruzó la puerta que separaba ambas estancias subterráneas. Mark le siguió y vio cómo depositaba a la joven con cuidado en el suelo.

—Aquí se respira bien —dijo Powell —. El gas tardará en invadir esto, y más si cerramos la puerta, que es casi hermética.

—Tiene usted razón, señor Powell —dijo Mark.

Y él mismo fue a cerrar la puerta. Entonces oyó la voz de alguien que hablaba desde el fondo de la habitación, al otro lado de la puerta opuesta a aquella en que estaba Mark. La puerta por la que hablan escapado los hombres después de la lucha a oscuras.

—¿Me oyen? —dijo la voz—. ¡Este gas es sólo letárgico, pero lo puedo sustituir por otro venenoso! ¡Es mejor que se rinda, policía! ¡Ríndase o

sufrirá una de las muertes más terribles! ¡No importa que se refugie en la caverna! ¡También la puedo llenar de gas! ¡Powell! ¿Estás ahí, Powell?

A espaldas mismas de Mark sonó otra voz:

—Sí, Lawrence. Estoy aquí y voy contigo.

Mark se volvió. El padre de Elaine había dejado sola a la muchacha y ahora estaba allí mismo, junto a la puerta y dispuesto a entrar en la habitación que se llenaba de gas.

—¡Oiga! ¿Qué dice? —exclamó Mark—. Usted es mi prisionero, un simple detenido, y no estoy dispuesto a permitir...

No pudo terminar la frase, porque recibió un soberbio puñetazo en la mandíbula que Se hizo retroceder un par de pasos. Pese a su edad, Charles Powell se conservaba aún atlético.

—¡Lo siento, policía! —dijo el padre de Elaine—. ¡Usted ha hablado de cumplir con el deber, pero no ha tenido en cuenta que cada cual lo entiende a su modo!

—¿Eh? ¡Por cien mil rayos! ¿Se atreverá a...?

Mientras hablaba, Mark se había recuperado y se estaba lanzando contra la puerta, para impedir la huida de Powell. Pero llegó tarde. El padre de Elaine había franqueado ya el umbral, y una vez dentro, accionó el conmutador que cerraba la puerta automáticamente. Mark pudo coger aún la hoja, tirando de ella con todas sus fuerzas para evitar que se cerrase. Pero fue en vano. Su desesperado esfuerzo no tuvo ninguna utilidad, y se vio obligado a soltar la hoja de la puerta para no aplastarse los dedos contra el marco.

Golpeó la puerta con los puños, furiosamente, arrancando un sonido metálico de la misma.

—¡Abran! ¡Abran!—gritó.

No recibió contestación. En el interior, sin duda estaban limpiando el gas que habían dejado escapar, y les tenían sin cuidado los inútiles golpes del policía.

Dándose por fin cuenta de lo inútil de su actitud, Mark dejó de golpear y abandonó al mismo tiempo las proximidades de la puerta. Se volvió en dirección a Elaine, que en aquel momento se estaba reponiendo del

desmayo.

La joven miró extrañada en torno suyo.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó—. ¿Qué me ha pasado? ¿Y mi padre?

Empezó a levantarse, lentamente, mirando angustiada a Mark. En los ojos del joven, iluminados por la luz de la linterna, leyó algo terrible.

Mark la cogió por una muñeca y la hizo seguirle, hasta colocarla frente a la puerta. Sólo contestó a una de sus preguntas.

—Su padre está ahí —dijo—. Al otro lado de esta puerta. Sé que es muy duro tenerle que hablar así, Elaine —su voz se había hecho terrible—. Pero es necesario que sepa la verdad. ¡Al otro lado de esta puerta están todos los organizadores de la cruel tragedia de que hemos sido protagonistas! ¡Y su padre está con ellos, Elaine!

—¡No! ¡No! ¡No es posible! —el cariño filial de Elaine se hubiera rebelado ante la más clara demostración.

—¿Dice que no es posible? —ahora había sorna en el tono de Mark—. ¡Yo le he visto entrar! ¡Mejor dicho, ha entrado después de golpearme a mí, para que no se lo pudiera impedir!

—No dudo de que esté ahí, Mark —dijo ella. Por sus mejillas estaban resbalando gruesas lágrimas—. ¡De lo que dudo, de lo que dudaré siempre, lo que nunca creeré, es que mi padre puede ser cómplice de esta farsa criminal, ni que haya intervenido en ella aunque sea indirectamente!

Mark se encogió de hombros. Después de todo, pensó, Elaine estaba en su puesto de hija. A ella le correspondía no ver ninguna culpa en su padre, lo mismo que a él, como policía, le correspondía hacer justicia.

Suspiró con pena, porque en el curso de aquellas horas de lucha junto a Elaine, había descubierto en ella muchos valores y hasta, entre combate y combate, se había llegado a hacer alguna ilusión.

Durante unos momentos estuvo contemplando a la joven mientras ella lloraba.

—¡No es posible, Mark! ¡Y verá usted como todo se aclarará al final! ¡Debe usted creerme!

—Cálmese, Elaine —ahora su voz era muy suave—. Cálmese, se lo ruego. Y no hablemos de su padre. No nos llevará a ninguna solución, y creo que será lo mejor para los dos…, a menos que ahora usted piense de otro modo y desee regresar a la Tierra cuanto antes.

—Ahora más que nunca necesito quedarme —contestó ella.

—¿A mi lado?

—Sí, Mark —dijo la muchacha. Ya no lloraba, y parecía animada—. No va a suponer que ahora me pondré al lado del crimen. Lucharé con usted, y espero que se pueda demostrar…

Mark quiso cortar la alusión de Charles Powell y la interrumpió:

—Pues nos queda aún mucho trabajo por hacer —dijo—, y vamos a empezar por lo que tenemos más a mano.

Paseó la luz de la linterna por el suelo de la gruta. Los dos supuestos selenitas yacían aún en el suelo, como lo que eran; dos monigotes más o menos perfeccionados.

—¿Cómo se destruyeron tan pronto? —preguntó Elaine, refiriéndose a la facilidad con que Mark los había puesto fuera de combate.

—No olvide que los que los accionaban por radio estaban en esta habitación, contemplando la lucha —explicó Mark—. Consideraron que era inútil continuar y los dejaron sin con tacto. Así han quedado.

La luz se dirigió a otro extremo, haciendo aparecer al hombre que había peleado con Mark cuando entraron en la caverna. Se había recuperado ya, pero seguía en el suelo, indeciso, temeroso de dar señales de vida al no haberse podido unir a los suyos y seguir bajo la amenazadora presencia de Mark.

El policía se acercó a él lentamente, seguido a pocos pasos por Elaine. El hombre se vio venir encima una nueva tanda de palos.

—Levántese —le ordenó Mark, con sequedad. Y viendo que el otro vacilaba, le cogió por el cuello y le dio un violento tirón. Repuso—: ¡He dicho que se levante! ¡Está usted ante un Policía del Espacio! ¡Ante un representante de la Ley!

—Yo… —empezó a decir el hombre.

Pero Mark le cortó bruscamente, y sin soltarle.

—Necesito saber qué ha sido de mis compañeros. Me refiero al sargento Curtís y a once de sus hombres, ¿comprende?

—No sé…

Mark le seguía sujetando con una mano, y alzó el otro puño, amenazador. Había entregado la linterna a Elaine, que cuidaba de alumbrar la escena.

—¿Quiere que le refresque la memoria?

—¡No! ¡No! —gritó el hombre. Sabía como pegaba Mark, y no se veía con ánimos de iniciar una nueva pelea—. ¡Sé dónde están! ¡Se lo puedo decir!

—¿Qué espera, pues?

El hombre señaló una puerta. La otra, de las dos que daban a la gruta.

—Allí —dijo—. Fueron encerrados allí. No se les hizo ningún daño. Tuvieron que rendirse ante la imposibilidad de luchar contra los «robots». Se esperaba que ellos informasen…

—¡No me importa lo que se esperaba de ellos! —cortó Mark, zarandeándole de nuevo—. ¿Están ahí? Es lo que quiero saber. Abra usted la puerta.

—No es posible. La puerta se abre por un mecanismo que…

El puño de Mark volvió a levantarse, amenazador.

—Bien —dijo el hombre—. Creo que sí… Ahora recuerdo que hay un conmutador entré las rocas…

Mark le soltó para que le indicase dónde estaba. El hombre se dirigió a las piedras que hacían de pared de fondo, muy cerca de la puerta de referencia. Allí había un hueco profundo, y el hombre metió la mano para buscar algo.

La sacó rápidamente, empuñando una pequeña pistola automática. Mark, en su afán por liberar a sus compañeros, no se había fijado en el brillo de triunfo que de pronto habían adquirido los ojos de aquel truhán.

—¡Cuidado, Mark! —gritó Elaine, que sostenía la linterna.

El aviso no fue necesario, porque Mark había advertido a tiempo la

traición del granuja. Se había dado cuenta, y había intervenido con rapidez, sin dar tiempo a su enemigo a servirse de la pistola.

Ahora Mark, para defender su vida, cumplió la amenaza de pegarle. Y en su puñetazo, directo a la mandíbula, se concentró todo su nerviosismo, todo su mal humor, y todo el odio que en poco tiempo había acumulado. Fue un golpe solo, pero terrible. Dada la posición de ambos hombres, la cabeza del bandido chocó violentamente contra las piedras de la pared. Se oyó el golpe tremendo, y luego se vio cómo el enemigo de Mark, el hombre que se había querido aprovechar de la traición para disparar sobre él, se desplomaba al suelo, muerto, con el cráneo destrozado.

Elaine dejó escapar otro grito, en el que se reflejaba a la vez la angustia por lo sucedido y el alivio al ver con qué rapidez Mark se había sabido zafar del peligro.

—No quise matarlo —dijo el policía—. Pero me tuve que defender.

Elaine no hizo ningún comentario. Dirigió la luz al interior del agujero y dijo:

—Hay en efecto un conmutador, Mark.

El policía metió la mano, accionando el conmutador. El y Elaine miraron en dirección a la puerta y vieron cómo empezaba a abrirse.

Un segundo después Mark, linterna en mano, estaba en el umbral alumbrando el interior de la estancia. Era semejante a la otra, donde el policía había sostenido la lucha a oscuras contra Powell y los demás hombres, y en su interior, sentados en el suelo, estaban el sargento Curtis y los once restantes miembros del destacamento.

Hubo exclamaciones de sorpresa y alegría, especialmente por parte de los prisioneros.

—¡Teller!

—¡Mark, muchacho!

—¡Sargento! ¡Amigos!

Todos se levantaron y corrieron hacia la salida. Mark comprendió sus deseos de verse fuera de aquel calabozo, y se apartó para dejarles paso. Luego tuvo que soportar una serie de abrazos y un diluvio de preguntas.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Dejad que sea yo el que me explique! —protestó Mark.

—Tiene razón —confirmó el sargento—. Hable, Teller.

Mark hizo un resumen, lo más sucinto que le fue posible, de todo lo que le había acontecido desde que se separó del destacamento. Se abstuvo de dar nombres, porque el único que conocía era el del padre de Elaine, y no quiso hacer sufrir de nuevo a la joven. Todos escucharon su relato con gran interés.

—Pero ¿qué se habían propuesto esos bandidos? —preguntó el sargento, al final.

—Cabe suponer que ambicionaban poder, y sobre todo, riquezas —dijo Mark—. Si hubieran conseguido aterrorizar a la Humanidad, o aunque no hubiera sido más que una de las grandes ciudades del mundo, imaginen el botín que hubiesen podido recoger en ella. Y todo habría sido obra de los «selenitas». Los organizadores no hubieran dado cara, como es natural.

—¡Infiernos! —rugió el orondo sargento—. ¿Y dice usted que están aquí, Teller?

Mark señaló la puerta.

—Aquél es el camino que he descubierto yo —dijo—. Supongo que tendrán otras cavernas, con entradas secretas, para las astronaves, los «robots» y las armas. Todo lo habrán fabricado aquí. No es barato, pero podían contar con riquezas iniciales» que se hubieran incrementado hasta lo indecible con un ataque a la Tierra.

—Y si hubieran conseguido aterrorizar a los Gobiernos e imponerse ellos como tiranos del mundo»., —comentó Curtís.

—Esta podía ser una de las remotas posibilidades con que contasen también. Por desgracia, cuando un hombre se deja llevar por la locura...

Se interrumpió, pensando de nuevo en Elaine. Sin embargo, pensó, aquello cuadraba muy bien. Charles Powell era uno de los grandes científicos de todos los tiempos. ¿No podía ser que, en un acceso de soberbia, hubiera querido hacer al mundo una demostración de lo grandes que eran sus posibilidades, embarcándose en la aventura de los supuestos selenitas?

Mientras Mark pensaba, el sargento estaba mirando a la puerta y calculaba ya posibilidades para derribarla.

—Si esa puerta es como la muestra no se abrirá con facilidad —dijo.

—Podemos forzarla con una bomba —sugirió Mark—. En las naves las llevamos, y yo tengo la mía cerca de aquí. No creo que me la hayan descubierto.

—Pues iremos a su nave a buscar las bombas, Teller. Ahora no nos dejaremos sorprender de nuevo, como en el caso de los focos, que sirvieron para rodearnos a todos cuando descendimos de las naves.

—Lo malo es que la puerta que sale al exterior también se cierra con resorte, y no sabemos dónde está el conmutador —dijo Mark.

Los policías miraron al pasadizo que se dirigía a la puerta exterior. Quizá todos estaban calculando ya las posibilidades de forzarla de una forma o de otra. Y en aquel momento sucedió algo imprevisto.

Inesperadamente, la luz fluorescente que iluminaba la gruta, se encendió. Y por el pasadizo, al mismo tiempo, empezaron a penetrar «robots» hacia el interior de la gruta. Iban armados con sus pequeños fusiles atómicos, y en sus feos rostros de plástico se pintaba la más absoluta indiferencia.

Eran muñecos mecánicos, cuyos mecanismos interiores estaban dispuestos para que obedecieran las órdenes que les daban por radio. Y en aquel momento, no cabía duda, la orden que habían recibido era la de matar a Mark Teller y a todos los que estuvieran con él.

* * *

En la parte de la Luna ocupada por los militares había continuado la terrible lucha — incruenta sólo por un bando— entre los soldados y los supuestos selenitas.

Desde luego, se había pensado en la evacuación de todo el territorio ocupado ante la imposibilidad de defenderse contra los ataques de los selenitas, a los que no se podía contener pese a su inferioridad numérica.

Naturalmente, no existe auténtica inferioridad de número cuando uno de los dos bandos, por muy reducido que sea, no sufre alguna baja y en cambio las causa constantemente a su supuesto poderoso enemigo.

Establecido contacto con la Tierra, los Gobiernos consideraron que fuese cual fuese la situación, las tropas expedicionarias se debían mantener en la Luna a toda costa, para dar tiempo a que se tomaran las medidas que se estaban estudiando ya para contener la invasión de la Tierra primero y hacerla fracasar después.

Las fuerzas destacadas en la Luna estaban prácticamente condenadas al sacrificio, y su misión consistía, antes de perecer, contener todo el tiempo posible al enemigo, inmovilizándole, para retardar el proyectado asalto contra la Tierra.

Los oficiales y jefes de las fuerzas expedicionarias se habían dado cuenta ya de la endeblez física de los selenitas. Estos eran invulnerables a la acción atómica, pero en cambio acusaban el golpe, aunque no caían cuando eran lanzadas sobre sus cuerpos balas perforadoras.

Por lo tanto, se dio orden a todos los soldados de que sólo emplearan las metralletas en la lucha, concentrando sus disparos en proporción de cuatro o cinco soldados contra un solo selenita. Esto llegó a ser eficaz, porque al recibir los diminutos combatientes tantas balas a la vez sobre sus cuerpos, acababan por caer, y no siempre trataban de recuperar sus armas cuando luego se levantaron, So que asombraba a los oficiales y soldados.

Aquello significaba en cierto modo la primera ventaja frente a aquel enemigo contra el cual se había desesperado ya de todo. Los selenitas no podrían sostener demasiado tiempo aquel machaqueo de sus cuerpos por las granizadas de balas que les mandaban los terrícolas, y tendrían que adoptar, por primera vez desde que se había iniciado la lucha, medidas defensivas.

Ahora, al darse cuenta los mandos terrestres de la eficacia de las balas perforadoras, se había cursado la orden a las naves de que atacasen con el mismo procedimiento. Y los selenitas empezaron a buscar refugio tras las rocas, como combatientes vulgares, ante la necesidad, si no de proteger sus vidas, por lo menos de impedir que sus cuerpos fuesen despedazados a fuerza de balazos.

La situación, pues, había dado un cambio extraordinario. Del pánico absoluto, de la completa desmoralización, se pasaba a la confianza de

contener al enemigo, y hasta, quizá, de acabar derrotándole. Era una nueva experiencia que sería cursada a la Tierra para que se tuviera en cuenta allí al tomar medidas contra las posibilidades de invasión.

Entonces los mandos estudiaron rápidamente la posibilidad de una ofensiva general contra los selenitas, combinándose las fuerzas de tierra y las naves en el ataque, y empleando exclusivamente balas perforadoras.

Pero entonces ocurrió también otra cosa. Cuando los hombres, recuperada la moral, sedientos de victoria y de venganza contra un enemigo tan implacable, abandonaron sus posiciones para ir a su encuentro, se dieron cuenta de que los selenitas habían abandonado el campo de batalla.

Había sido una cosa rápida e inesperada. Agrupados en diversos puntos protegidos por montones de rocas, los selenitas habían desaparecido de pronto a través de los numerosos agujeros y grietas que les ponían en contacto con el subsuelo lunar, para pasar a otros puntos del satélite menos peligrosos para ellos.

Los soldados se sintieron defraudados y victoriosos al mismo tiempo. Defraudados por no haber podido llevar a término la ofensiva en cuyo resultado confiaban ya, y victoriosos porque estaban seguros de que si el enemigo había abandonado tan cobardemente el campo de batalla se debía a la eficacia del nuevo sistema empleado para atacarlo.

No sabían aún que los supuestos selenitas eran «robots» sin voluntad, que obedecían a las órdenes de quienes les dirigían por radio, y que si habían abandonado el campo de batalla era para acudir a defender su gran base, amenazada ahora por la victoria de la Policía del Espacio, y en particular por la de su joven miembro Mark Teller.

CAPÍTULO VIII

Los selenitas! —gritaron los policías, al verlos aparecer en la gruta.

—¡Los «robots»! —rectificó Mark—. ¡Los muñecos sin voluntad, manejados por seres humanos!

La diferenciación, aunque verdadera, no solucionaba demasiado las cosas. Selenitas o «robots», los recién llegados cumplirían las órdenes de quienes les dirigían y el peligro era el mismo para Mark Teller y sus demás compañeros.

De todos los que estaban en la gruta en aquel momento, sólo Mark y Elaine disponían de armas. Si cada policía hubiese tenido en sus manos una metralleta el peligro hubiera sido mucho menor, ya que disparando todos a la vez se hubiera conseguido desarmar a los «robots» casi a medida que iban penetrando.

Pero sólo con las metralletas de Mark y Elaine, se podía hacer muy poca cosa ante el crecido número de muñecos que con toda rapidez estaban penetrando en la gruta. No cabía duda de que los traidores a la seguridad de la tierra empleaban todas sus reservas de «robots» construidos.

El cerebro de Mark estaba funcionando a toda velocidad. El era de todos quien más se había enfrentado con los «robots» y, por lo tanto, quien podía hallar antes una solución eficaz para hacer imposible el ataque,

Y la solución fue encontrada, afortunadamente. No podía ser más sencilla, y Mark estuvo a punto de reprocharse el no haber pensado en ella inmediatamente. Los «robots», para poder actuar, necesitaban luz. Sus ojos no eran más que objetivos cuya utilidad servía para reflejar en las pantallas receptoras de los cuadros de mandos de los dirigentes, la posición del campo de batalla y la situación de todos los combatientes.

Por esto se había encendido la luz fluorescente de la gruta. Sin ella, los que dirigían y ordenaban los movimientos de los «robots» no podían captar la posición de Mark y sus compañeros, y por lo tanto no podían disponer sobre la marcha la forma de atacarles.

La decisión de Mark, una vez llegada a esta conclusión, fue fulminante. Su metralleta, en vez de dirigirse contra los recién llegados, como había hecho en otras ocasiones, apuntó a los tubos fluorescentes de la gruta, los cuales en breves momentos quedaron destruidos, restableciéndose la absoluta oscuridad.

—¡Sitúense todos detrás de mí! —gritó — . ¡Y perdone que por el momento me haya hecho cargo del mando, sargento!

Los demás policías no comprendían nada de lo que sucedía. Habían oído las detonaciones de la metralleta de Mark y habían visto

desaparecer la luz, pero no tenían idea de lo que aquello podía significar. Pero el sargento confirmó la actitud adoptada por Mark.

—¡Dirija lo que sea necesario, Teller! —contestó—. ¡Usted es el más indicado en estos instantes para llevar la lucha, ya que conoce mejor a nuestros enemigos, y todos le obedeceremos!

Mark notó que el sargento estaba ahora a su mismo lado. En voz baja, le dijo:

—Que todos se echen al suelo. Que pase la orden de uno a otro sin alzar la voz.

La disposición era eficaz, porque a través de los «robots», los traidores podían captar las palabras, y si no las oían les quedaba todavía alguna posibilidad de acción.

Todos los hombres, en la oscuridad, estaban tumbados sobre el suelo a los pocos momentos. Los «robots» apenas actuaban. Sus dirigentes parecían indecisos, y se habían limitado a efectuar algunos disparos con sus pequeños fusiles, que fueron ineficaces al haber seguido los policías las instrucciones de Mark.

La lucha, por tanto, quedaba suspendida, y tendrían que ser los traidores quienes dieran las primeras señales de vida si querían hacer algo eficaz.

En efecto, todo ocurrió tal como Mark lo había previsto. Los «robots» habían quedado imposibilitados para actuar, y después de los escasos disparos de sus armes atómicas, se notó que sus movimientos habían cesado por completo.

—Bien —dijo el sargento, en voz baja a Mark—; ¿cuánto tiempo tendremos que pasar así ahora?

—Un poco de paciencia, sargento, y verá usted cómo son ellos los que se mueven. Nosotros, nos limitaremos a aprovecharnos de su desconcierto. Prestemos toda nuestra atención a la puerta.

—¿A la que conduce a su refugio?

—A la misma. Es por allí por donde empezarán a producirse cosas. Pase el aviso a los demás, se lo ruego.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando la puerta se abrió de par en par. Obedecía aquello a la necesidad de proyectar luz sobre la

gruta, para permitir que los «robots» actuaran de un modo u otro, saliendo de la inmovilidad a que estaban condenados.

En la habitación interior todas las luces estaban encendidas, y de pronto, aunque con menos eficacia que con la luz fluorescente que había destruido Mark, los dos bandos enemigos —los hombres y los muñecos— volvieron a verse.

No se podía perder un momento. Los «robots», de nuevo movidos ahora por los traidores, volverían a actuar. Mark se hizo cargo de que era el único que poseía armas, salvo Elaine, a la que no quería mezclar en esta última fase de la aventura, por ser demasiado peligrosa, y por ello consideró que era él el único que tenía que actuar.

Se levantó de un salto, gritando a sus compañeros:

—¡Pronto! ¡Enciérrense en lo que hasta ahora ha sido su prisión! ¡Escapen de los disparos de los «robots»! ¡Aprisa!

El, en vez de encerrarse, avanzó. Los «robots» seguían delante de él, inmóviles, pero no tardarían en ponerse en movimiento, obedeciendo a los que los dirigían desde el cuarto de mandos.

Tres o cuatro de ellos le cerraban el paso hacia la puerta que se acababa de abrí»". Era el momento más peligroso, porque los «robots» podían entrar en movimiento repentinamente, y entonces toda la acción de Mark se hubiera frustrado.

El joven, a toda prisa apartó a puntapiés a los muñecos, que saltaron sin ofrecer la menor resistencia, y penetró en la habitación. Captó el movimiento de sus compañeros que obedeciendo sus instrucciones pasaban a toda prisa a su antigua prisión para encerrarse en ella, y la voz de Elaine, que decía:

—¡Yo voy con usted, Mark! ¡Llevo armas!

—¡Siga a los policías, Elaine! —gritó Mark—. ¡Sargento, oblíguela a obedecer!

No se preocupó más por la muchacha. Estaba seguro de que el sargento y los demás hombres la obligarían a refugiarse con ellos. Por otra parte, otras cosas reclamaban ya su atención.

En primer lugar, los «robots» que en cualquier momento podían atacarle por la espalda, metiéndose algunos de ellos en la habitación detrás suyo. Y luego, cuatro o cinco hombres, armados con pistolas,

que estaban en el interior.

Mark no vaciló. No era momento de vacilar, porque aquellos individuos comprendían también que se estaban jugando el todo por el todo, y se disponían ya a utilizar sus armas contra el policía.

—¡Quietos! —gritó Mark—. ¡Las armas al suelo! ¡Pronto!

Pero en aquellas circunstancias no había más remedio que disparar antes y dar la orden después. Mark, mientras hablaba, hacía funcionar ya el disparador de su metralleta, y tres de los hombres rodaron por el suelo sin vida al no obedecerle instantáneamente.

Los otros dos tampoco soltaron las armas. Uno de ellos incluso llegó a disparar, pero no lo pudo hacer con eficacia porque Mark se movía continuamente de un lado a otro, y las balas se estrellaron contra el muro.

Pero la metralleta del policía siguió ladrando. Los chorros de balas lo dominaban todo en aquellos momentos decisivos, y los dos últimos enemigos de Mark cayeron también con los cuerpos llenos de plomo.

Todo había sucedido en breves segundos. Y, cosa extraña, los «robots» no se habían aprovechado de su ventaja para eliminar a Mark atacándole por la espalda. Era algo incomprensible. Un error de los traidores, que en aquellos momentos podía resultarles fatal.

¿Por qué los «robots» seguían inmóviles, desaprovechando aquella oportunidad única de matar al policía por la espalda? Ahora había luz, y en el cuadro de mandos se tenía que reflejar bien la escena. Mark, mientras avanzaba hacia la puerta del fondo, libre ahora el terreno de enemigos, se repetía una y otra vez la pregunta.

Algo extraordinario estaba sucediendo. Algo sin lo cual, desde luego, Mark no podría ahora estar allí, avanzando hacia el mismo corazón de la base enemiga, para descubrir sus secretos y acabar definitivamente con ellos.

Avanzó a lo largo de un pasillo al fondo del cual se abría otra puerta. Miró instintivamente hacia atrás, para cerciorarse de que no era seguido, y comprobó que los «robots» seguían tan inmóviles como antes. Al llegar al final del pasillo, abrió la puerta de un patadón, y se encontró ante la respuesta de lo que deseaba saber.

Estaba en el centro del Cuartel Genera! enemigo.

La estancia que tenía ahora delante era el gran cuarto de mandos de los traidores. Allí estaba todo; pantallas, aparatos, palancas y controles. Desde allí, tranquilamente sentados, unos pocos hombres podían mover «robots» y naves, llevarlos a los confines del Universo si era necesario, haciéndoles actuar en todos sentidos sin que ellos, los dirigentes, corriesen el menor peligro,

Y en la estancia había dos hombres. Mark reconoció inmediatamente a Charles Powell, y en el otro creyó ver a Edwin Lawrence, el científico que había dirigido las últimas exploraciones de la Luna. El hombre que había lanzado la falsa voz de la existencia de diamantes en el satélite.

Y los dos hombres estaban luchando. Lawrence, con mirada feroz, como un verdadero loco, trataba de alcanzar los cuadros de mandos de la sala, mientras Powell se esforzaba, hasta aquel momento con éxito, para impedírselo.

Mark pudo escuchar sus palabras.

—¡Apártate, Powell! —gritaba Lawrence—. ¡Fuera de aquí! ¡Déjame manejar mis aparatos o considérate muerto!

—¡Jamás mientras yo pueda, Lawrence! —contestó Powell—. ¡Fuimos amigos, pero nunca había pensado que podías albergar en tu mente tan criminal locura! ¡Me has obligado a venir aquí! ¡Esperabas mi colaboración, y me amenazaste con el supuesto rapto de mi hija! ¡Pero ahora sé que ella está a salvo! ¡No me importa lo que me pueda ocurrir Lawrence! ¡Me basta saber que Elaine está en seguridad, y confío en ese joven policía, al que tuve que golpear para cumplir mi parte! ¡La parte que me había propuesto al verme aquí! ¡La anulación de tu nefasta obra!

—¡Morirás, Powell! ¡Tú morirás, y yo triunfaré!

—¡Nunca! ¡Nunca conseguirás lo que te has propuesto! ¡Mientras me quede un hálito de vida, lucharé contra ti!

Mark escuchaba desde la puerta, sin que ninguno de los hombres hubiera advertido aún su presencia. Ahora estaba comprendiendo las cosas. Powell no tenía nada que ver con todo aquello, era obra exclusiva de Lawrence y de su supuesta expedición. Lo habían preparado todo con tiempo, porque conocían bien la Luna y sus posibilidades de actuación en ella.

¡Y Powell era el que había impedido que los «robots» actuaran,

invadiendo el cuarto de mandos y oponiéndose a la acción de Lawrence! ¡Por esto el padre de Elaine le había pegado! ¡No para colaborar con los traidores, sino para estar junto a ellos y poder así eliminar su criminal obra destructora!

Lawrence estaba furioso hasta el grado máximo. Powell era más fuerte que él, y sólo su innata bondad hacía que no lo eliminase definitivamente, limitándose a impedirle el acceso a los mandos de aquel complicado conjunto de aparatos.

Fue entonces cuando Lawrence retrocedió un paso y empuñó, amenazador, una pistola que sacó rápido de uno de sus bolsillos.

—¡Tú lo has querido, Powell! —gritó—. ¡Me saldré con la mía a pesar de todo!

Alzó el arma para disparar. Y Mark consideró que había llegado ya el momento de dar señales de vida.

Avanzó rápido unos pasos hacia el interior de la habitación. Los dos hombres se enteraron entonces de su presencia y le miraron con asombro, aunque motivado por sensaciones opuestas.

—¡Usted! —exclamó Powell, con verdadera alegría.

—¿Qué? - casi rugió Lawrence—. ¿Quién es usted y a qué viene aquí, a mis dominios?

—Ya no tiene usted dominios, Lawrence —dijo Mark, con serenidad —. Es usted un detenido, un reo. Yo, Mark Teller, en nombre de la Ley, le detengo acusándole de todos los crímenes que se han cometido en la Luna en estos últimos días. ¡Lo he oído todo y ahora sé quién es el verdadero organizador!

Lawrence contestó con una carcajada histérica. Por ella Mark adivinó la terrible locura de aquel hombre.

—¿Detenerme a mí? — dijo Lawrence, tras la carcajada—. ¡Está usted loco! ¡Terriblemente loco!

No sabía que el loco era él. Como todos los de su condición, atribuía la locura a los demás»

—¡Aquí el amo soy yo! -repuso-. ¡El amo! ¡El único amo! ¡El que mandará en la Tierra y en el Universo entero, si se lo propone! ¡Mire lo que hago con los que me vienen a detener! ¡Eliminarlos como a

gusanos! ¡Como lo que son, comparados conmigo!

Alzó el arma, ahora para disparar contra Mark. Lo despreciaba tanto, creía tanto en su propio poder, que ni siquiera se dignó tener en cuenta la metralleta que el policía empuñaba.

Pero la metralleta habló antes que pudiera hacerlo la pistola del loco. Soltó una ráfaga, y las balas se fueron incrustando en el pecho de Lawrence, con todo su supuesto poder, no era un «robot» invulnerable sino un simple mortal.

Y casi segado por la mitad, lanzando un horrible aullido, se desplomó sin vida a los pies de su vencedor.

Su horripilante aventura, su terrible ambición, habían terminado con él.

A espaldas de Mark sonó un grito:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Sabía que eras inocente! ¡Lo sabía!

Elaine pasó junto al policía para echarse en brazos de su padre. Pese a todo, la joven había querido seguir a Mark, escapando del sargento y de sus hombres, y había podido presenciar los últimos momentos de la escena que se había desarrollado en la cámara de mandos.

Mark se acercó al sabio, a su vez, y le puso una mano sobre el hombro.

—A veces, la policía también se equivoca, señor Powell — dijo.

La frase valía por todas las excusas y por todos los agradecimientos. Powell le comprendió, y tendiéndole la mano, dijo:

—Sólo Dios no se equivoca, joven. Y sólo creyendo en El y cumpliendo sus leyes, los hombres podremos vivir en paz tanto en la Tierra como en todos los astros que El nos permita descubrir. Ya ve a dónde van a parar los que se dejan arrastrar por el gran pecado de la soberbia.

Ambas manos se estrecharon con fuerza, mientras Elaine, con los ojos llenos de lágrimas —lágrimas de alegría— los contemplaba a los dos.

Todo tardó poco en ser difundido. El pánico había pasado ya, y la Humanidad podía reírse de los «robots», cuya acción había fracasado gracias a la heroicidad de unos pocos. Las víctimas fueron recordadas con pena, pero, fatalmente, la vida tuvo que seguir adelante.

La obra de Lawrence fue destruida, y en la Luna se establecieron puestos de vigilancia para que aquello no se pudiera repetir.

—Lawrence temía que yo descubriera el sistema de anular a sus «robots» —explicó Powell, más adelante, a Mark, que ostentaba ya los galones de sargento—. Por eso me quiso tener en su poder y me obligó a ir a la Luna. No supo que así precipitaba su obra hacia la destrucción, porque yo jamás hubiera colaborado en ella. Yo fui amigo suyo, y tenía idea de su mente algo desequilibrada ya entonces, y de los proyectos, poco claros, que abrigaba con la construcción de los temibles «robots». Por esto, al momento sospeché que sólo él podía haber sido el autor de aquel...

Se interrumpió al darse cuenta de que Mark no le prestaba demasiada atención. El joven, sentado junto a Elaine, no se preocupaba más que de ella, contestando de vez en cuando con monosílabos, a las palabras del padre.

Y Powell, que sabía también ser discreto, encontró la excusa para salir de la habitación. Mark y Elaine se quedaron solos.

Estos al principio no sabían qué decirse.

—¿Qué hay de su reportaje, Elaine? —preguntó Mark—. ¿Lo ha escrito ya?

La ausencia del padre había permitido una mayor proximidad entre ambos jóvenes. Elaine negó con la cabeza.

—He preferido olvidarlo todo —contestó ella—. Fue demasiado terrible y no quiero beneficiarme con dinero escribiendo el reportaje. Es mejor que todo quede en el olvido.

Hubo una pausa.

—Sin embargo, hay algo que podrías escribir acerca de la aventura, Elaine —dijo él, tuteándola por primera vez.

—¿Qué...?

—Un romance de amor. El que a pesar de todo se fue forjando entre tantas catástrofes. Porque yo, Elaine...

No dijo más. Estaban muy juntos, y sus labios habían sabido encontrarse. La historia de amor se escribiría, La vida, a pesar de todo, tenía que continuar.

FIN